

HISTORIAS DE ARISTÓFANES



COLECCION ARALUCE

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE de los NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad pública y de uso para las B. Circulantes Premiadas en la Exposición de Leipzig

HISTORIAS
DE
ARISTÓFANES



OBISPADO DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT

El Censor,

D. Antonio Grieria
Presbítero

Barcelona, 20 de diciembre de 1927

IMPRÍMASE

José, Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Ilma.

Dr. Francisco M.^a Ortega de
la Lorena

Canciller-Secretario

412

HISTORIAS DE ARISTOFANES

ADAPTADAS

POR

JOSÉ BAEZA

CON ILUSTRACIONES DE

J. RAPSOMANIKIS

29.173



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 : BARCELONA

PRINTED IN SPAIN

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO	9
I LAS TESMÓFORAS	13
II LYSISTRATA	47
III LAS AVES.	83
IV LAS RANAS.	101

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

Estaban perdidos *Frontis*

	<u>Páginas</u>
...la emprendió a tajos con...	24
—Soy Klístenes, amigo...	33
...se le ató a la misma columna...	45
De pronto vio surgir...	49
—No sé como he tenido paciencia...	67
—Detente.	74
—¡Qué hermoso es ésto!—	86
...pero un águila les cortó el paso.	92

PRÓLOGO

Con Esquilo, Sófocles y Eurípides, Aristófanes compartió el cetro del teatro griego. Los tres primeros cultivaron la tragedia; Aristófanes, la comedia. Y con tal acierto, con ingenio tan singular, que puede decirse que toda la gracia y toda la sátira, tanto de la antigüedad como de nuestros tiempos, es una derivación de la obra de Aristófanes.

Nació en Atenas el año cuatrocientos cincuenta y dos, antes de Jesucristo y murió hacia el trescientos ochenta y ocho.

Sus obras, además de poseer un gran valor literario, son preciosísimos documentos his-

tóricos que reflejan con admirable precisión la vida de los atenienses en aquella época.

La guerra del Peloponeso fué repetidas veces objeto de las violentas críticas del gran comediógrafo, como puede verse en la obra *Lysistrata*, una de las incluídas en el presente volumen.

Atacó también con singular mordacidad a la situación política de su pueblo—algo de esto hay en *Las Aves*—y a los grandes trágicos de su época. De esto último tenemos buena prueba en *Las Tesmóforas*, donde tan despiadadamente la emprende con Eurípides.

Tras la representación de *Los Caballeros*, obra de crítica política, los atenienses ciñeron a su frente una corona de olivo sagrado, el más alto honor que podía concederse a un ciudadano ateniense en aquellos tiempos.

«Las gracias—dijo Platón—, buscando un santuario indestructible, encontraron el alma de Aristófanes.»

Alfredo de Musset, ha sido uno de los más

fervientes admiradores del gran poeta cómico.

Nuestro Menéndez y Pelayo forma también parte de la legión de críticos que han hecho inmortal el nombre del insuperable comediógrafo y poeta griego.

J. B.

LAS TESMÓFORAS

El viejo Eurípides andaba muy preocupado aquellos días. En una de sus tragedias había criticado duramente a las mujeres de Atenas y éstas tenían el decidido propósito de vengarse.

El suegro del gran trágico, Nesíloco, viéndole tan cabizbajo y pensativo, compadecióse de él y trató de consolarlo.

—¿Qué te sucede, yerno mío?—le preguntó.

—Pues que las damas de Atenas preparan un complot contra mí. Furiosas por las verdades que de ellas dije en mis dramas, van a reunirse mañana en el templo de Ceres, donde celebrarán una conferencia para decidir qué es lo que han de hacer conmigo.

—¿Qué pueden hacer? — dijo el suegro, tranquilizador.

—¡ Oh, Nesíloco ! ¡ Cuán poco sabes ! ¡ Las mujeres ! Cien veces habría preferido vérme-las con los hombres. Furia, ira, irritación, muerte : todo lleva nombre femenino. El hombre es más fuerte, pero no más temible. Un hombre puede matarte de una sola cuchillada, pero la mujer te desgarrá poco a poco con las uñas. Mañana, las mujeres de Atenas, las llamadas Tesmóforas, se reunirán en el templo de Ceres para resolver lo que deben hacer conmigo. Es horrendo, viejo amado. Pasado mañana, cuando el sol se ponga, mi carne será ya pasto de los cuervos.

—¡ Bah ! Te dejas dominar por el pesimismo. Me extraña que un hombre de tanto ingenio como tú, no halle un modo de burlar a las tesmóforas.

—Medios se me ocurren muchos. Pero no me atrevo a ponerlos en práctica porque temo que ninguno de ellos sea lo suficiente ingenioso para burlar el ingenio de las damas de Atenas.

—Lo más prudente, querido Eurípides—

‘dijo el anciano dando por terminada la conversación—es que nos vayamos a dormir y mañana los dioses nos protegerán.

—¡ Los dioses, los dioses ! ¿ Qué dioses son esos ? No creo en los dioses. Todo es un embrollo, un ardid, una mentira. Los ciudadanos de Atenas han hallado el modo de distraer sus ocios pensando en seres inmateriales y absurdos.

—¡ Oh, oh !—exclamó el anciano.

—¡ Ah, ah !—remedó Eurípides—. Nada tan fastidioso ni tan infantil como ese ejército de ídolos cuyas imágenes inundan Atenas.

—Querido yerno, que Júpiter te auxilie.

—Aparta, aléjate de mí, viejo fanático. Bien harías en meterte en la cama.

—Y tú. Estás muy excitado.

—¡ Por Mercurio que si no desapareces de mi vista !...

Y como el anciano viera que Eurípides se disponía a poner en práctica sus amenazas, retiróse a su cuarto para suplicar a los dioses perdonaran a su acalorado yerno.

Este no tardó tampoco en retirarse, dándole

vueltas en el magín a un proyecto de defenza que habíasele ocurrido.

Estuvo toda la noche revolviéndose en la cama, y a la mañana siguiente, cuando se levantó, su primera visita fué para Nesíloco.

—Suegro mío—le dijo—. He discurrido un remedio, que, aunque no seguro, puede dar buen resultado. Levántate y sígueme.

El suegro, que aun estaba medio dormido, exclamó :

—¡ Oh, hijo de Apolo ! Tu lira tiene la sonoridad límpida del canto de las aves. Eres el primer trágico de Atenas. Por Neptuno, eres grande como una montaña.

—¡ Calla y despierta ! ¿ Qué estás diciendo ? ¿ Qué sabes tú de poesía ni de nada que se le asemeje ? ¡ Vamos ! ¡ Pronto ! Mi vida está en peligro.

Vistióse el viejo a toda prisa, hostigado por Eurípides, y salió éste de la casa seguido de aquél, el cual daba más ayes que pasos.

—Oyeme. No corras—dijo a su yerno—. Dime qué vas a hacer. Voy sin saber qué camino llevo. ¿ Qué idea has tenido ?

—Calla y sígueme. Deja ese sonsonete de

mendigo para cuando sea útil. Ahora límitate a seguirme.

—Es que vas muy de prisa.

—No. Es que tú vas más despacio que un carro sin tiro.

—Pero ¿dónde me llevas?

—¡Al infierno!—exclamó Eurípides de muy mal talante y poniendo fin a la conversación.

Nesíloco, comprendiendo que nada adelantaría con insistir, resolvió no volver a desplegar los labios en tanto no se le preguntase.

Contuvo, pues, sus lamentaciones y se dejó llevar por su yerno adonde éste quisiera conducirlo.

Atenas había despertado de un tranquilo, pero breve sueño. La fiesta de las Tesmóforas tenía a la ciudad un poco agitada y hasta altas horas de la noche veíase gente por las calles y abiertos los establecimientos de bebidas.

Era una tibia mañana de sol. Pocos atenien-
ses veíanse por las calles. Ello demostraba que la velada de la noche anterior se había prolongado más de la cuenta.

Eurípides, a su paso por la ciudad, iba lla-

mando la atención de los escasos transeúntes, los cuales se volvían para mirar al famoso trágico, cuyas obras habían sido tantas veces premiadas.

Algunos le saludaban, pero los más miraban con curiosidad al maestro, preguntándose por qué causa iría tan de prisa y preocupado.

Al fin detúvose Eurípides ante una casa de lindo aspecto, llena de detalles que acusaban una escrupulosa delicadeza en su morador.

—Hemos llegado—dijo Eurípides deteniéndose.

—¿Quién vive aquí?—preguntó Nesíloco.

—Agatón.

—¿Agatón? ¿El que hace tres años se ha llevado el premio de la tragedia? ¿Ese jovenzuelo perfumado y ridículo?

—El mismo.

—¿Y de qué te va a servir?

—Eso ya lo verás.

Y fuese hacia la puerta para llamar, pero en este momento apareció un criado que, de buenas a primeras, comenzó a declamar:

—Guarda, ¡oh, pueblo!, un silencio religioso. Mi amo trabaja. Que el coro sagrado

de las musas no sea interrumpido por nada ni por nadie. Cesen los rumores de la brisa, el suspiro de los cielos y los ruidos de la tierra. Que todo enmudezca...

—Se acueste y ronque—terminó burlonamente Nesíloco.

—¿Quién ha hablado? ¿Qué voz selvática y grosera ha turbado la paz ciudadana? Présentese a mis ojos quien sea, que yo sabré darle su merecido. Mi amo trabaja, mi amo está escribiendo una de sus admirables tragedias. El mundo debe enmudecer y dormir.

—Y roncar—repitió Nesíloco.

—¿Otra vez? ¿Qué extraño eco es ese?

—¿Y quién eres tú, corneja sin ojos?

—¿Eh?

—¡ Oh!—replicó Nesíloco burlonamente.

—¡ Ah, viejo endemoniado! ¡ Si no tuviera respeto a tus canas!...

Nesíloco cogió al criado por el pescuezo y le sacudió como quien sacude a una lombriz.

—A pesar de mis canas puedo aplastarte como si fueras un gusano.

—Déjale—intervino Eurípides—. Oye—

añadió dirigiéndose al criado : —Quiero ver a tu dueño.

—Mi dueño trabaja. Nada ni nadie debe interrumpirle. Que las aves...

—Cesen en sus cantos, ya lo sé. Pero dile que Eurípides quiere verle.

Al oír el nombre de Eurípides, el criado quedó sobrecogido de admiración.

—¡ Oh ! ¿ Por qué no dijisteis antes quién erais ? ¡ Eurípides ! ¡ El de la lira de oro ! ¡ El que tiene el verbo de los dioses !

—¡ Bien, bien ! Ve a avisar a tu dueño.

—¡ El de los cantos celestes !

—¡ Basta !—bramó Eurípides, que no estaba para alabanzas—. ¡ Tengo prisa !

El criado se fué a avisar a Agatón, el cual no tardó en comparecer. Era un joven elegantemente vestido, de pelo ondulado y tan emperojado y compuesto, que parecía una mujer.

—Aquí me tienes, Eurípides. ¿ Qué deseas de mí ?

—¡ Oh, Agatón ! ¡ Qué favor tan grande puedes hacerme !—repuso Eurípides—. Mira. Hoy, en el templo de las dos diosas se reúnen

las damas de Atenas para deliberar acerca de lo que deben hacer conmigo por las críticas que les he dirigido.

—Mucho me temo que se te condene a la última pena. Las mujeres no perdonan las ofensas que se les hacen.

—Eso temo yo también. Antes de que el sol se ponga no quedará de mi pellejo ni una muestra que acredite el color que he tenido en vida.

—¿Y qué piensas hacer?

—Lo único que hasta ahora se me ha ocurrido es que tú te disfraces de mujer y te mezcles con ellas. Así tendré un defensor que pueda aplacar sus iras.

—¿Y si me descubren?

—¡Oh! No te descubrirán. Tú, vestido de dama, pasarás bien por mujer.

—Mira, Eurípides. Mucho te admiro, mi maestro eres, pero el pellejo no estoy dispuesto a jugármelo por ti. Ve tú, disfrázate tú. ¿Por qué no lo haces?

—¡Oh! ¿Dónde voy yo con esta cara arrugada? Por otra parte, la emoción me delataría. Ve, amigo Agatón. Sálvame la vida.

—No puedo hacerlo, maestro mío.

Y sin pronunciar una sílaba más, dió media vuelta y entró en su casa. Sin duda quiso evitar así que Eurípides le pusiera en el trance de darle una nueva negativa.

—¡ Bonito negocio has hecho !—dijo Nesíloco cuando estuvo solo con su yerno.

—¡ Calla, viejo brujo ! Tú tienes la culpa todo. Tú, que me turbas y mareas con tu roneo.

—¡ Vaya ! Siempre he de ser yo. Sin embargo, mi opinión es que nunca debiste pensar en ese pollo que parece una doncella.

Eurípides no contestó. Terciado el manto, baja la cabeza, paseaba de un lado a otro cavila que cavilarás.

Al fin se detuvo y lanzó una exclamación :

—¡ Ya está ! ¡ Ya se me ocurrió la idea salvadora !

—¿ Qué se te ha ocurrido ?—preguntó el buen suegro.

—Que seas tú el que te vistas de mujer y vayas al templo de las dos diosas.

—¡ Yo !

—Sí, tú.

—Eurípides, yerno mío, ¿ no has reparado

en mis barbas, en mi calva semejante a una salida de sol?

—Todo eso tiene arreglo. Ven.

Nesíloco obedeció, pero de muy mala gana, pues la perspectiva de reunirse con un regimiento de mujeres dispuestas a matar, no le seducía ni muchísimo menos.

Eurípides se acercó a la casa de Agatón y llamó a su puerta. Al punto respondió Agatón.

—¿Quién llama?

—Eurípides—repuso éste.

—¿Otra vez tú? ¿Qué deseas?

—Que nos dejes entrar en tu tocador a mi suegro y a mí.

—Si es eso tan sólo, dispón de mi casa, maestro. Entra con tu suegro en el tocador y haz allí lo que quieras.

Eurípides hizo entrar a Nesíloco en la casa y en seguida se hallaron ambos en el tocador del depilado joven.

El yerno hizo sentar al suegro en un canapé forrado de seda y después dijo a Agatón:

—Dame una navaja de afeitar, que voy a quitarle las barbas a mi suegro.

Agatón entregó al punto a Eurípides lo que le pedía, y éste, desoyendo las protestas de su suegro, la emprendió a tajos con sus barbas.

Cuando Nesíloco estuvo rasurado y pudo mirarse a un espejo comenzó a proferir toda clase de juramentos. En verdad, jamás se había visto rostro más extraño que el de aquel pobre viejo después de haberle pasado la navaja.

—Eurípides, estás loco. ¿Crees que alguien puede tomarme por una doncella viéndome esta calva?

—¡Calla, calla! ¿Acaso he concluído ya mi obra?

—¿Qué es lo que vas a hacer con mi calva?

—Cubrirla con un gorro.

Y añadió dirigiéndose a Agatón:

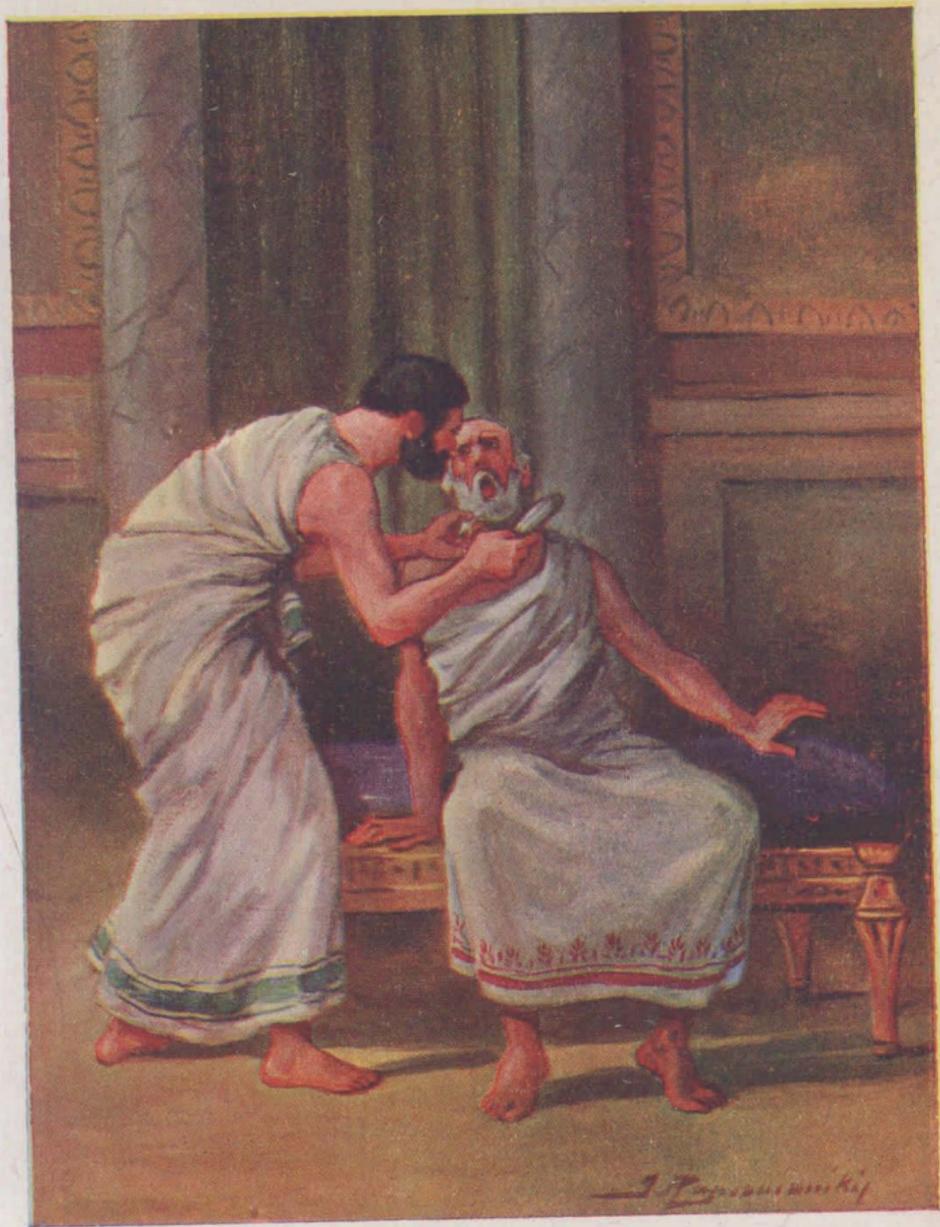
—¿Puedes prestármelo tú?

—No tengo más gorro que el de dormir.

—Pues venga ese. Mejor que con la calva al aire, estará con él.

Agatón fué por el gorro y entre ambos se lo colocaron al viejo, el cual tenía un aspecto horrible con aquel tocado.

—¡Mercurio me valga!—exclamó el desdi-



... la emprendió a tajos con...

chado Nesíloco que seguía las operaciones de Eurípides por el espejo que Agatón había colocado ante él.

—¡Deja a Mercurio y no descompongas tu figura! Ahora, Agatón nos proporcionará una túnica perfumada y la polvera. Si después de eso te conoce alguien, que esos dioses a los que tanto nombras me envíen una muerte repentina.

Desapareció Agatón y al punto volvió a comparecer con lo que se le había pedido.

En un santiamén Nesíloco estuvo vestido con una holgada y flamante túnica color azafrán y empolvado como una doncella.

Tanto empeño había puesto Eurípides en su obra, que el disfraz de Nesíloco resultó perfecto. Todo lo que habría podido decirse de él es que era una mujer vieja, una solterona con pretensiones; pero eso no le preocupaba a Eurípides. Muy al contrario, le complació, pues no dejaba de saber que las mujeres viejas y feas son las más respetadas por la generalidad de las de su sexo.

Eurípides dió al fin por terminada su labor y dijo a Nesíloco:

—Ya puedes dirigirte sin temor ninguno al templo de las dos diosas. Tan bien disfrazado vas, que no sólo confío en que te tomen por mujer sino en que te confundan con una diosa.

—Gracias por tus alabanzas, Eurípides. Pero oye una cosa. ¿Qué haré si me descubren? Mejor dicho, ¿qué harás tú?

—Descuida, que iré en tu auxilio. Rondaré por el templo y apenas advierta en su interior la menor anormalidad, entraré para defenderte de las uñas de mis enemigas.

—¡Por todos los dioses, Eurípides! No me abandones.

—Ve tranquilo, bondadoso suegro. Ve, que ya va acercándose la hora de la reunión de las damas atenienses. Yo no tardaré en seguirte, y si no te acompaño, es porque necesito buscar algunas ropas para disfrazarme, si se diera el caso de entrar en el templo.

—No mientas, Eurípides. Si tú temes acompañarme, es porque sospechas la opinión que pueden formar de ti, y más aún de mí, los ciudadanos atenienses, al verme vestido de espartájaros.

—Estás hermoso, Nesíloco. Jamás has estado tan bello.

—Bien puedes decirlo.

—Entonces, ¿qué temes?

—¿Vendrás, Eurípides, por si me sucede algo?

—Iré. Ve tranquilo.

Salió el buen viejo y se dirigió al templo de las dos diosas, cuya puerta vió llena de esclavas.

—Dentro están todas sus dueñas—pensó Nesíloco—. Y como cada una de éstas se haya traído una sola esclava, seguro que pasan de ciento el número de mujeres que se han reunido en el templo.

Después de pedir clemencia por última vez a los dioses, entró en el suntuoso templo al tiempo mismo que un heraldo decía :

—¡Mujeres de Atenas! Va a comenzar la deliberación acerca de los derechos de la mujer. ¿Quién quiere hablar primero?

—Yo—dijo una voz desde el oscuro rincón de un altar.

Nesíloco volvió hacia aquel punto la mirada y vió a una mujer joven y robusta, que llevaba

un niño en brazos, pero tan tapado, que no se veía de él ni las narices.

En la amplia nave se produjo un prolongado rumor.

Nesíloco se había instalado detrás de una columna y se echó a temblar cuando vió el ímpetu con que comenzó a hablar la oradora primera.

—¡ Oh, mujeres !—dijo—. A pesar de que ya denunciarnos el hecho al Senado, el cual delibera al mismo tiempo que nosotras, debemos tomar una determinación acerca del insensato proceder de ese escritorzuelo que acude a los concursos con obras que ofenden a nuestro sexo. ¿Sabéis de quién hablo? De Eurípides.

En el auditorio volvió a producirse un rumor que era como una gran amenaza. La mayoría de las mujeres cambiaron con sus vecinas algunas palabras en voz baja. La que estaba al lado de Nesíloco, le dijo en un susurro :

—¡ Muera Eurípides !

Nesíloco trató de apaciguarla.

—¿Por qué ha de morir? Con aplicarle un duro castigo basta.

—¡No, no ; la muerte ! Es preciso que lo matemos y lo despellejemos.

—¡ Venus me valga ! ¿ No se rebela tu conciencia ante acción tan cruel ?

—Tratándose de Eurípides nada me detiene. ¡ Maldito sea su suegro !

Nesíloco dió un salto.

—Pobre suegro, ¿ qué quejas tienes de él ?

—Todo lo que se relacione con Eurípides no me inspira más que odio y cólera. Por eso digo que maldito sea su suegro.

Nesíloco se deslizó disimuladamente en busca de otro rincón menos peligroso.

La oradora proseguía :

—Creo que debemos hacer un esfuerzo para no dar cabida en nuestro corazón a las femeninas debilidades que tan frecuentemente nos inclinan al perdón. Eurípides no debe en modo alguno ser perdonado. Si el Senado no le castiga, le castigaremos nosotras. Eurípides nos ha insultado. Ocultando nuestras virtudes, ha sacado a relucir nuestros ligeros defectos, aumentándolos injuriosamente. Porque alguna

vez salimos a respirar el aire libre que tan necesario es a nuestros pulmones, dice que nos pasamos el día de diversión en diversión mientras nuestros esposos sufren y mueren en la guerra. Ante injuria tan tremenda, ¿no sentís que en vuestro pecho se agita un odio infernal, un terrible deseo de venganza?

—Sí—respondieron a coro todas las mujeres.

—Entonces, amigas mías, afilad vuestras uñas restregándolas contra el suelo. Así, si el Senado falla el pleito en contra nuestra, podremos ir al punto en busca de Eurípides para dar buena cuenta de él.

—¿Estáis conformes?

—Sí—repuso el auditorio en masa.

Después se hizo un silencio religioso, pues todas las mujeres se inclinaron para afilarse las uñas en el piso del templo.

Y de pronto, rompiendo este silencio sepulcral, se alzó un vozarrón que discordaba de las femeninas vocecitas que hasta entonces se oyeran.

—¡Yo no estoy de acuerdo!

Todas las mujeres se pusieron en pie de un

brinco, sobresaltadas por el ronco grito de la compañera.

Y todas volvieron la mirada hacia Nesíloco, pues, como se habrá comprendido, éste fué quien habló.

Nesíloco, muerto de miedo, no sabía adónde mirar. Comprendía que su voz podía delatarle, y ello le movió a decir al punto, entre una expectación general :

—Compañeras mías : no os extrañe que tenga la voz tan tomada. Pesqué un catarro hace no sé cuanto tiempo y todavía no me lo he podido quitar de encima.

La asamblea quedó satisfecha con la explicación y Nesíloco pudo decir :

—No estoy conforme con el castigo que queréis imponer a Eurípides. Grande es la falta que ha cometido sacando a relucir nuestros defectos, pero no para que le despellejemos como si se tratara de una gallina.

—¡ Cobarde, cobarde !—comenzaron a gritar a un mismo tiempo todas las mujeres. Y a estos gritos sucedieron otros, armándose en menos que se cuenta una tan infernal algar-

bía, que Nesíloco se vió comprometidísimo para poder seguir hablando.

Menos mal que su voz era más potente que las de todas las mujeres juntas, y pudo gritar de modo que se le oyera :

—¡ Oh, mujeres ! El escándalo no es propio de vosotras. Quédese eso para el Senado.

Estas palabras tuvieron la virtud de restablecer la calma, y entonces Nesíloco pudo añadir :

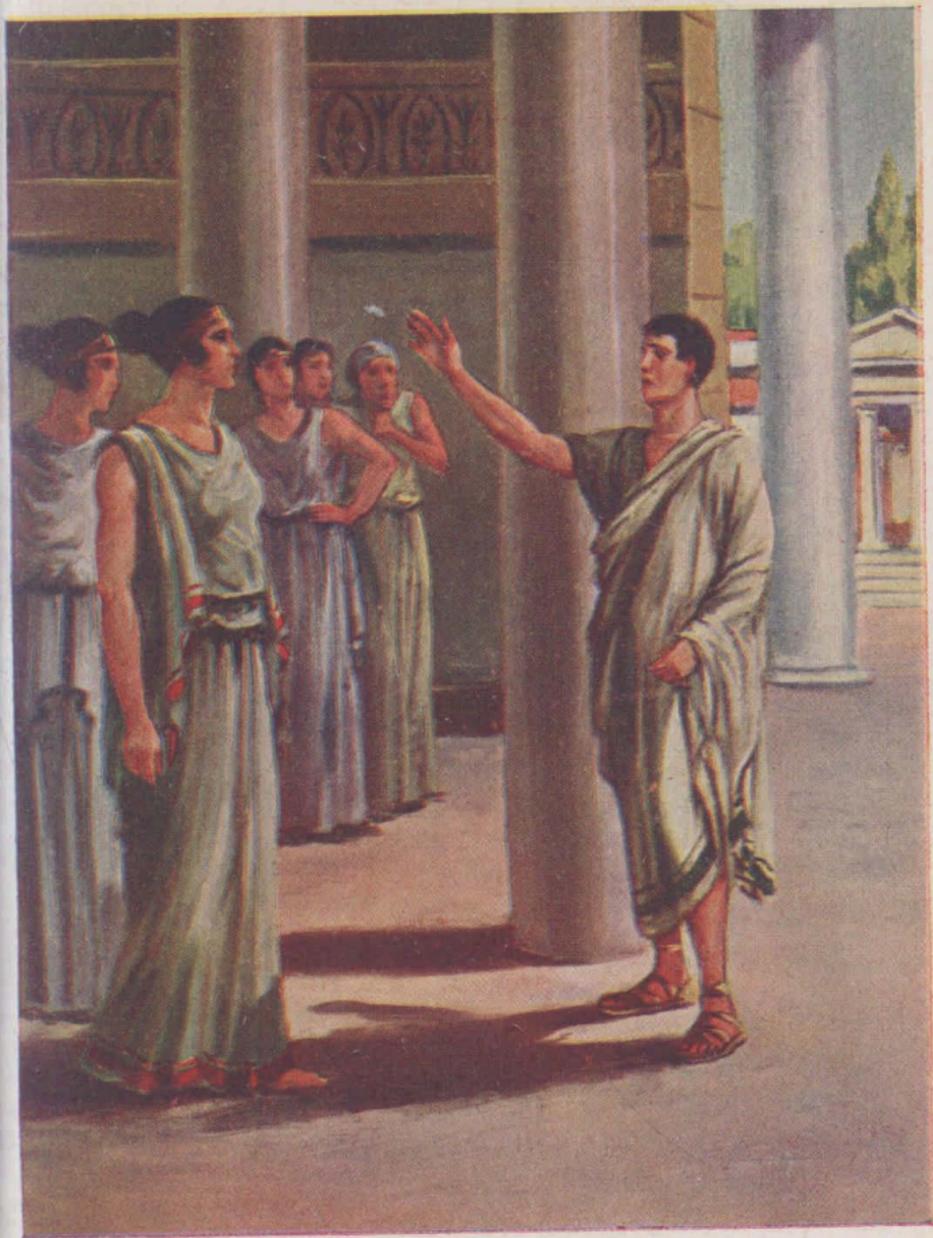
—Repito que debemos castigar a Eurípides, pero no con la muerte. ¿Nos ha insultado? Pues insultémosle nosotras a él. Publiquemos por toda Atenas quiénes fueron sus padres y pongámosle en ridículo a la faz del mundo entero.

—¡ No, no ! ¡ El pellejo ! ¡ El pellejo !

Y volvió a armarse una infernal gritería que esta vez Nesíloco fué incapaz de interrumpir.

Ya se consideraba perdido, pues alguna que otra dama, además de gritar, le amenazaba con el puño, cuando un joven, tan pulido y emperijilado como Agatón hizo irrupción en el templo y pidió se le escuchara.

Las mujeres, que instintivamente vieron en



— Soy Klistenes, amigo...

él un partidario del feminismo se dispusieron de buen grado a oírle.

El joven, haciendo un gracioso ademán con el brazo derecho, comenzó a decir :

—Soy Klistenes, amigo de Agatón y defensor de los intereses vuestros. Y por eso, porque defendiendo vuestros intereses, quiero deciros que, según me ha confiado el criado de Agatón, entre vosotras hay un hombre vestido de mujer. Y ese hombre es un enviado de Eurípides.

—¿Cómo?—exclamaron cien voces a un mismo tiempo—. ¿Qué dices, Klistenes? Eso significaría una sangrienta burla por parte del más necio de los escritores de Grecia. ¡ Oh, el infame ! ¡ Desvergonzado abstemio !

Esto último lo había dicho una mujer vieja y de aspecto detestable que llevaba algo en brazos, algo que no se veía porque lo cubría con un trozo de tela cuidadosamente. Su voz era gruesa y desagradable. Por debajo de la cinta que trataba de sujetar sus cabellos se escapaban mechones rebeldes que le daban una endiablada apariencia.

Se llamaba Siraca.

Esta dama de nombre tan horrible como su faz fué la verdadera promotora de los sucesos que habían de constituir la desdicha de Nesíloco. Sus palabras exacerbaron a la asamblea y los gritos de ira llenaron el templo.

—¡ Matémosle !

—¡ Hagamos cinturones de su pellejo !

—¡ Arranquémosle la nariz y echémosela a los cerdos !

Klistenes pidió por señas un momento de silencio y cuando la calma húbose restablecido, dijo razonablemente :

—Lo primero que hay que hacer es desenmascararle. ¿Dónde está ese hombre?

—Es verdad—dijo Nesíloco, cuidando de ceñir bien su túnica y haciendo movimientos femeninos—. ¿Dónde está ese hombre? Ese hombre no está. De modo que ¿para qué queremos buscarle?

—¿Qué dice esa arpía?—exclamó una de las cabecillas del movimiento—. Hay que buscarlo hasta en el vientre de las estatuas y en el interior de las columnas. ¡ Necesitamos su pellejo !

Nesíloco se estremeció.

—¡Qué manía! No concibo para qué queréis el pellejo de ese infeliz.

—Yo no quiero el pellejo—dijo una—. Quiero la lengua.

—¿Para qué?—preguntó Nesíloco temblando.

—Para hacerle un obsequio a los cuervos.

—¡Bah!—exclamó Klistenes—. No perdamos el tiempo y procedamos a buscar al infame. ¡Mujeres! Colocaos todas en fila.

Las mujeres obedecieron. Nesíloco trató de escabullirse.

—¡Eh, tú! ¿Dónde vas?—preguntóle Klistenes.

Nesíloco trató de disimular.

—Iba a ver si encontraba al intruso detrás de aquella estatua.

—Deja la estatua y ponte en la fila.

Cuando el pobre viejo lo hizo así, Klistenes continuó:

—Ahora comencemos las averiguaciones. A ver, tú, mujer primera: ¿quién eres?

—La esposa de Cleónimo—repuso la interrogada.

—¿Conocéis a esta mujer?

—Sí—repusieron todos—. Es, como dice, la esposa de Cleónimo.

Y antes de que Klistenes prosiguiera, dijo una voz :

—Aquí nos conocemos todas. De la única que nada sabemos es de esta beldad, de esta diana con gorro.

Y señalaba a Nesíloco.

—Voy a ver si el sol está muy alto—dijo éste.

Y se marchaba muy decidido hacia la puerta ; pero Klistenes lo detuvo :

—¡ Eh, hija de Apolo ! Deja el sol y ponte en la fila.

—¡ Venus me valga ! ¡ Qué tiranía !

—Defiéndete, diosa del Olimpo—dijo Klistenes irónicamente—. ¿ Quién es tu esposo ?

—¿ Mi esposo ?—repitió Nesíloco desconcertado—. Pues... pues...

—¡ Vamos, responde !

—Pues no tengo esposo.

—¡ Qué extraño ! ¡ La doncella más linda de Atenas no ha encontrado marido !

—Si no soy casada—explicó Nesíloco haciendo monerías—no ha sido por falta de pro-

porciones. Ha sido sencillamente porque mi padre no ha querido.

—¿Quién es tu padre?

—¿Mi padre?—exclamó Nesíloco perplejo—. Pues... pues... No le conocéis ninguna de vosotras.

—Sin embargo dinos el nombre.

—¡ Oh ! No me acuerdo.

Klistenes, cuyas sospechas sobre la desconocida eran cada vez mayores, se fijó de pronto en el gorro de dormir de Agatón.

—¡ Qué precioso gorro llevas ! Déjame uno instante, que quiero verlo bien, para hacerme uno igual.

—¡ No !—se apresuró a exclamar Nesíloco—. El gorro no me lo puedo quitar porque estoy muy constipada.

—¡ Que se quite el gorro ! ¡ Que se quite el gorro !—dijeron varias voces a un tiempo.

—¿ Para qué queréis que me lo quite ?—protestó Nesíloco.

—Para ver tu cabeza, pelada como una bola de nieve.

—¡ Amigas mías, quitadle el gorro sin más contemplaciones !—ordenó Klistenes.

Cien manos cayeron sobre la cabeza de Nesíloco y en menos que se cuenta su limpia y reluciente calva quedó al descubierto.

—¿Lo veis? El es el traidor. El es el hombre disfrazado de mujer.

—¡Quitadle el pellejo!—exclamó Siraca.

—Pero ¿quién es esa vieja inmunda que tanto cariño tiene a mi pellejo?

—Yo, Siraca, la más dulce de las madres.

—Y la más bebedora—replicó Nesíloco—, como lo prueba ese pellejo de vino que llevas cubierto con un trozo de túnica vieja.

—Lo que llevo oculto no es un pellejo, sino el hijito de mis entrañas.

—Dudo que tengas entrañas, reina de puer-cos.

Klistenes interrumpió la discusión.

—Atadle y dejadle al cuidado de Siraca. Todas las demás id a dar cuenta de lo sucedido al Senado.

En un santiamén, Nesíloco quedó atado y sujeto a una columna del templo. Siraca se sentó cerca de él y todas las demás salieron del grandioso recinto, con Klistenes a la cabeza.

Cuando Siraca se convenció de que nadie

más que Nesíloco podía verla, descubrió el envoltorio que con tanto cuidado ocultaba y se llevó el pellejo a los labios, pues como el suegro de Eurípides había previsto, el niño de Siraca no era sino un recipiente de vino añejo.

—¿Ese era el hijo de tus entrañas?

—Calla, vejestorio.

Y echó un buen trago del reconfortante vinillo.

—Suenan las trompas de guerra—dijo Nesíloco irónicamente.

—Por si no has oído bien, voy a volver a tocar.

Y de nuevo se llevó el pellejo a los labios. Cuando terminó de beber, ya el primer trago había comenzado a surtir efecto. Y las consecuencias del segundo no se hicieron esperar. Entonces Siraca comenzó a tambalearse.

—¡La ninfa Eco me valga! Dijérase que el templo de las dos diosas comienza a dar vueltas.

Nesíloco no le hacía caso. Su pensamiento laboraba intensamente para hallar un medio de escapar. Pero ¿cómo librarse de las ligaduras que le tenían inmovilizado? ¡Si a Eurípides se

le ocurriera entrar ! ¡ Si él pudiera llamarle !
Pues su yerno, como le había asegurado, andaría por los alrededores del templo.

Siraca seguía dando traspies. De pronto Nesíloco tuvo una feliz ocurrencia.

—Siraca—dijo—. ¿Qué será de ti si vienen las Tesmóforas y te ven en ese estado ?

—No sé, viejo mío. Seguramente saldré tan mal librada como tú.

—¿Quieres que se te pase el mareo ?

—Querer es poco. ¿Qué he de hacer ?

—Pues sencillamente, salir a la puerta y gritar : ¡ Favor a Nesíloco !

—¿Eso he de hacer ? ¿Quién es Nesíloco ?

—El dios del mareo. Invocándolo y mostrándote adepta de él, te libraré del mareo. Lo tengo muy experimentado.

—¡ Oh, qué sencillo ! Voy a hacerlo en seguida.

Y, dando tumbos, se dirigió hacia la puerta, donde comenzó a decir a voz en grito :

—¡ Favor a Nesíloco ! ¡ Favor a Nesíloco !

Eurípides, que, en efecto, andaba cerca, se acercó al oír el nombre de su suegro.

—¿Qué dices de Nesíloco ?—preguntó.

—No te llamo a ti—repuso Siraca—. Llamo al dios del mareo, para que me quite el que, sin saber cómo, se ha apoderado de mí.

—¿Sin saber cómo? ¿Y ese pellejo?

—Acaso tenga él la culpa. Pero déjame, que he de seguir invocando a Nesíloco.

—¿Quién te ha dicho que es él el dios del mareo?

—El prisionero.

—¿Tenéis un prisionero?

—Sí. Un traidor que se mezcló con nosotras vestido de mujer.

—¿Y qué vais a hacer con él?

—No sé. Las Tesmóforas han ido a consultar al Senado.

Naturalmente, Eurípides comprendió en seguida que el prisionero era su suegro, y decidió entrar para auxiliarle. Para ello, esperó a que la embriagada vieja estuviera distraída con sus invocaciones al dios del mareo y entonces se deslizó furtivamente a través de la gran puerta.

Apenas le vislumbró, Nesíloco comenzó a proferir exclamaciones de alegría.

—¡ Oh, con qué ansia te esperaba !

—¡ Calla ! Si gritas, vamos a perdernos los dos.

—¡ Júpiter te confunda ! ¡ Pronto ! ¡ Quítame estas ligaduras !

Eurípides fué a desatarle, pero, de pronto se detuvo para prestar atención a un sordo rumor que se dejaba oír fuera del templo.

—Son las Tesmóforas que vienen. No puedo desatarte.

Y cuando ya había deshecho los nudos de las ligaduras que sujetaban los brazos del prisionero, huyó a esconderse.

En seguida aparecieron las Tesmóforas profiriendo gritos bélicos.

—¡ El pellejo, el pellejo del traidor !

—Los dioses del Olimpo me protejan—pensó Nesíloco—. Ha llegado mi última hora. Pero mi infame yerno, no ha de salir mejor librado que yo. Y esa vieja arpía que se llama Siraca también me las ha de pagar.

Las Tesmóforas se detuvieron ante Nesíloco y fueron a desatarle, pero una de ellas exclamó :

—Están sueltas las ligaduras de sus brazos.

—Alguien le ha desatado—dijo otra—. Es

imposible que él solo haya podido hacer con las manos un solo movimiento.

—¿Quién te ha desatado?—le preguntó Kleistenes.

Entonces, Nesíloco, conteniendo una sonrisa, repuso :

—Voy a deciros la verdad : un brazo me lo ha desatado Siraca.

—¡ Siraca !—exclamaron varias Tesmóforas a coro—. ¡ Ah, la infame !

—¿Dónde está Siraca?—preguntó una de las cabecillas—. Id en busca de ella.

Varias Tesmóforas se dedicaron a buscarla y la hallaron junto a la puerta del templo, tendida cuan larga era, con el pellejo sobre sí y vociferando :

—¡ Favor a Nesíloco ! ¡ Favor a Nesíloco !

—¿Qué dices, desventurada? ¡ Baco te confunda ! Levanta de ahí, que el látigo te espera.

Y fué conducida a la presencia de Nesíloco, donde se le propinaron cerca de un millar de golpes y más de un millón de pellizcos.

—¿Y quién te ha desatado el otro brazo?—preguntó Klistenes.

—Pues el otro brazo me lo ha desatado el propio Eurípides.

—¡Eurípides!—exclamaron cien voces a un tiempo.

—El mismo.

—¿Dónde está?

—Escondido detrás de aquella columna.

Las mujeres, con Klístenes a la cabeza, se dirigieron hacia el punto que Nesíloco les indicara.

Y aprovechando la oportunidad, el pobre viejo acabó de desatarse y tomó las de villadiego.

Eurípides, que lo había visto todo desde su escondrijo, quiso vengarse de su suegro exclamando :

—¡Que huye ! ¡ Que se escapa !

Las Tesmóforas vieron correr a Nesíloco, pero no quisieron perseguirle, pues se dijeron que más valía pájaro en mano que cien volando y echaron la zarpa a Eurípides.

Considerando la categoría de la víctima, no se repitió lo de los pellizcos y los golpes, sino que se le ató a la misma columna en que había estado Nesíloco.



... se le ató a la misma columna...

Y aquello hubiera terminado muy mal, si el gran trágico no hubiese tenido la ocurrencia de exclamar :

—Os propongo una fórmula de paz. Os devolveré favor por favor.

Las Tesmóforas se estremecieron de indignación.

—¿Puede existir mayor osadía? Es nuestro prisionero y habla de hacernos favores. ¿Qué favor puedes hacernos tú? Habla, responde.

—El favor de no seguir hablando mal de vosotras. Si me castigáis, mi indignación no reconocerá límites y os denunciaré al pueblo y a vuestros esposos.

—¿De qué?—preguntó Siraca, que aún iba dando tumbos con su pellejo auestas.

—¿Y lo preguntas tú? ¿Tú, que eres un vivo ejemplo de la conducta de las Tesmóforas?

—Nosotras no obramos como Siraca.

—¿No? Alzad todas los brazos.

Ni siquiera la mitad de las Tesmóforas los levantaron.

En efecto, no era sólo Siraca la que había de sujetar y ocultar un pellejo de vino.

—¿Tendréis valor para repetir ahora que no imitáis a Siraca?

Y tras una pausa, añadió enérgicamente :

—¿Os conviene o no mi proposición? Vosotras me dejáis en libertad y yo no volveré a ocuparme de vosotras en todos los días de mi vida.

Hubo una nueva pausa, y al fin una—la que ocultaba el pellejo más voluminoso—, dijo :

—Por mí, aceptado.

En el acto se oyó otra voz :

—Y por mí.

Y a continuación dijeron diez voces a un tiempo :

—¡ Y por mí ! ¡ Y por mí !

En menos que se cuenta, Eurípides fué desatado y puesto en libertad.

Las Tesmóforas, al verle marchar, pidieron a Júpiter que no volviera a presentarse ante sus ojos.

Y aquí concluye la aventura. Ahora sólo hace falta que el lector se imagine la tempestad que se desencadenó en casa de Eurípides, cuando éste se encontró con su suegro.

II

LYSISTRATA

I

Hace más de dos mil años, allá por el cuatrocientos antes de nuestra era, reinaba en Atenas gran efervescencia, a causa de la devastadora e interminable guerra llamada del Peloponeso.

Atenas se quedaba sin hombres. La capital ofrecía un triste y desolador aspecto. Sólo se veían mujeres por las calles de la famosa ciudad, y éstas, tan tristes y preocupadas, que no animaban lo más mínimo aquella impresionante soledad.

Pero la que verdaderamente tenía el corazón destrozado por la desastrosa situación era Lysistrata, una de las más bellas damas atenienses y cuyo talento la distinguía de la turba-

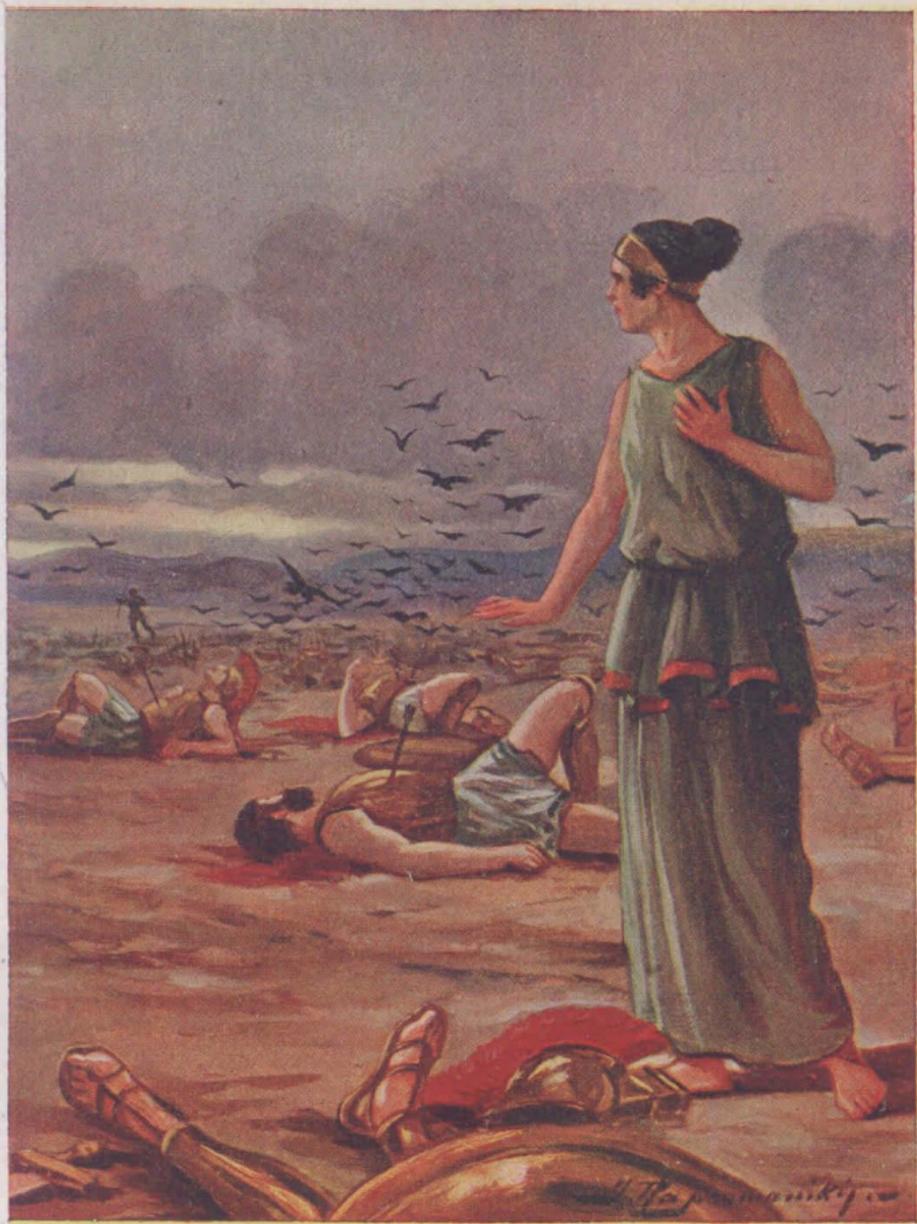
multa de mujeres que llevaban una dolorosa vida de viudez a causa de la guerra con Esparta.

Lysistrata, viéndose sola en la mansión que en otro tiempo alegró su esposo, a fuerza de sentarse a la mesa sin compañía ninguna y pasarse el día encerrada en sus habitaciones, sin otra distracción que la de mirarse al espejo o recibir de vez en cuando la visita de una amiga, cayó en un estado de melancolía tan profundo que sus siervas llegaron a temer por su salud.

Pero Lysistrata se negó a que la asistiera médico ninguno y dió orden a sus esclavas de que se retiraran a su departamento y no salieran de él mientras no se las requiriese.

Se pasaba las noches en vela y si, al fin, de madrugada, conseguía conciliar el sueño, era para caer en los abismos de las más siniestras pesadillas.

Una de estas veces soñó que, impelida por su desesperación y su zozobra, se dirigió hacia el campo de batalla. Tras muchos días de caminar, llegó al horrible escenario y el cuadro que se ofreció a sus ojos la dejó muda de terror y de angustia. El suelo estaba tapizado de



De pronto vió surgir...

cadáveres y era como un mar inmenso sin más huella de vida que la de la muerte. Sólo el batir de las alas de los cuervos interrumpía la espantosa paz. Las flechas, clavadas en los pechos de los cadáveres, erizaban la llanura. El aire era denso y empañado. Cada aspiración representaba para Lysistrata un gran esfuerzo.

De pronto vió surgir un puntito en el horizonte. El puntito se fué agrandando lentamente hasta adquirir la forma del ser humano.

Era un hombre, era un guerrero. Con el arco en las manos y vacío el carcaj, huía, huía. ¿De quién? En el horizonte apareció de súbito una inmensa ola de puntitos negros, que también fué aproximándose y agrandándose. Cuando el guerrero estuvo cerca, vió con terror que era su marido. No llevaba armas ni escudo. Su rostro estaba ensangrentado.

—¡ Oh, esposo mío !—exclamó la ateniense.

—¡ Lysistrata !—profirió el guerrero deteniéndose repentinamente.

—¿ De quién huyes ? ¿ Qué significa aquella línea negra que se columbra en el horizonte ?

—¡ El enemigo !

—¡Huyamos, pues!—exclamó Lysistrata, trémula de espanto.

—No. Huye tú sola. Yo lucharé con el ejército entero.

—¡Huyamos! Están lejos aún.

—Yo ya no huiré, Lysistrata. He de defender tu vida.

—Entonces, también yo haré frente al enemigo.

—¡No, Lysistrata! Huye, por favor.

—Yo tampoco quiero huir.

—Pero, ¿con qué combatiremos? No tenemos armas.

—Arranquemos de este árbol las dos ramas más gruesas y usemos sus troncos a modo de cava.

Así lo hicieron.

Entre tanto, el ejército enemigo se les echaba encima.

Lysistrata quedó muda de espanto frente aquella enfurecida multitud que rugía, mostraba los dientes y blandía las armas. Pero al ver que su esposo se abalanzaba sobre ellos, se sintió enardecida por un súbito coraje y siguió a su marido.

Cien veces el recio tronco de Lysistrata se alzó y cayó sobre la cabeza de los espartanos, y cien de ellos quedaron para la cuenta. El esposo luchaba también con una bravura sin igual. Los espartanos sucumbieron con siniestra regularidad a los feroces golpes de los atenienses.

Mil, dos mil cayeron. Llegó un momento en que el campo se convirtió en un gran desierto de cadáveres. Pero el ejército enemigo, en vez de disminuir, aumentaba. No se sabía de dónde, los espartanos surgían como hormigas. Por cada cabeza que arrancaban los tremendos golpes de Lysistrata y de su esposo, aparecía una docena de nuevos guerreros espartanos. Al fin surgieron por centenares en vez de aparecer por docenas y tan crecido, tan arrollador llegó a ser su número que los bravos atenienses sucumbieron al fin a la fuerza irrefrenable de los millones de brazos enemigos. Lysistrata cayó con una flecha clavada en el pecho. Su esposo, con una herida en la frente.

Ambos esperaban que les acabaran de matar allí mismo, pero, llenos de asombro, vieron que con troncos que arrancaron de los árboles

y vestidos de los que se despojaron algunos guerreros, les construían una especie de camillas y les acostaban en ellas.

Comenzó una siniestra caminata a través de los campos de batalla. Exánime, tan cerca de la muerte como de la vida, Lysistrata veía desfilar los bosques y las montañas, las llanuras y los abismos. La flecha que llevaba clavada en el pecho, producíale la sensación de un áspid de serpiente venenosa que hurgara dentro de ella en busca del corazón. Todo le parecía turbio y le daba una impresión de irrealidad. Tornóse un viento cálido y asfixiante y las copas de los árboles gigantescos se mecieron llenando la campiña de un triste rumor.

Al fin llegaron a Atenas. Parecióle a la prisionera, que la ciudad había sufrido una disparatada transformación. Las casas eran más altas y las calles más estrechas. Pero en seguida dejó de prestar atención a estos cambios, para fijarse exclusivamente en un algo trágico y angustioso que pesaba sobre Atenas. Todas las casas tenían la puerta abierta, pero ni en el interior de los hogares ni en la vía pública veíase el menor vestigio de vida. Llegaron a la pla-

za principal y al punto comprendió Lysistrata lo que había ocurrido. En medio de la plaza había una mujer tendida y con el cuerpo acribillado de flechas. Era, sin duda, que parte de las tropas espartanas les habían precedido, sembrando en la capital de Grecia la muerte y la desolación. De la plaza pasaron a una angosta calleja. El cuadro que se ofreció a los turbios ojos de Lysistrata la llenó de espanto. El suelo estaba totalmente cubierto de cadáveres. Casi todos eran de personas conocidas. Un ruido le hizo levantar los ojos al cielo y lo vió surcado por el vuelo raudo de los cuervos, que aguardaban impacientes la noche para abalanzarse sobre los exánimes cuerpos humanos.

Una tras otra, las calles y las escenas de muerte y angustia fueron desfilando ante sus ojos, y al fin llegaron a una plazuela que Lysistrata no había visto jamás.

Las casas eran negras y el suelo de un color pizarroso. Parecíale a la dama que había entrado en uno de los recintos del infierno.

La comitiva se detuvo en el centro de la plazuela, y la dama vió que depositaban a su esposo junto a un amplísimo brocal, misteriosa

boca abierta a las entrañas de la tierra. Lo mismo hicieron con ella, y esta aproximación, le permitió percibir que del interior del pozo brotaba una densa humareda. Antes de que pudiera hacer deducciones vió que ataban a su esposo y que poco a poco le iban dejando caer dentro de la misteriosa sima, mientras uno de los espartanos daba la siguiente orden :

—Esclavos : echad más leña y removed el fuego.

Lysistrata lo comprendió todo en seguida. Iban a quemarles vivos. De pronto notó que una cuerda rodeaba su cuerpo y en seguida se vió suspendida en el negro abismo y envuelta en una asfixiante humareda.

Fué descendiendo, descendiendo y llegó casi a sentir el terrible lengüetazo de las llamas.

Era tan grande su terror, que la sangre corría por sus venas como hielo líquido, a pesar del calor de horno que la circundaba.

De súbito, una llama alcanzó la cuerda y la rompió.

Tan terrible fué su sobresalto, que despertó con el corazón palpitante.

Al darse cuenta de que todo había sido un sueño lanzó un suspiro de alivio.

Pero ya no pudo dormir. Hubo de levantarse y salir a la puerta de la calle para tomar el fresco y dar expansión a sus pulmones respirando el aire libre.

Desde entonces, Lysistrata no cesó de repetirse que era preciso hallar un medio para poner fin a la guerra.

Y, a fuerza de cavilaciones, lo halló.

II

Una mañana Lysistrata convocó a sus amigas más íntimas y al punto estuvo reunida en su propia casa con todas ellas.

Una vez se hubieron sentado todas, Lysistrata les dirigió el siguiente discurso :

—Amigas mías y compañeras de infortunio, es preciso que concluya la desgraciada guerra del Peloponeso, que tan cara nos está costando por todos los conceptos. Desde que esta infortunada guerra comenzó, Atenas está sola y triste. No se ve un solo hombre. La miseria tiende sobre nosotros sus terribles tentáculos. En nuestros hogares falta la alegría que da el esposo. Vamos a morir de angustia y de pobreza.

—Ciertamente—convino Kalónice, una de las más inteligentes damas de la asamblea—, esta guerra es nuestra desdicha.

—Pero ¿qué vamos a hacer, pobres de nosotras?—exclamó Myrrina, la amiga más íntima de Lysistrata.

—Que ¿qué vamos a hacer?—dijo ésta—. Pues ahora mismo os lo voy a decir.

—¿Es posible que tengas algún medio para poner fin a la guerra?

—Ahora lo veréis.

—¿Nosotras, las mujeres?

—Nosotras.

—Eso representaría un gran honor para nosotras. Nos colocaría a gran altura sobre los hombres.

—Todo eso lo vamos a conseguir—dijo tranquilamente Lysistrata.

—¡Sería admirable!

—¡Sería maravilloso!

—¡Qué delicia!

—¡Qué encanto!

—¿Sabéis lo que habéis de hacer?—preguntó Lysistrata.

—¿Qué?—preguntaron todas a coro.

—Pues mostraros desdeñosas con vuestros esposos.

Reinó entre las asambleístas un silencio que

mostraba hasta dónde llegaba su estupefacción.

Al fin dijo Kalónice :

—No comprendo cómo por ese procedimiento podríamos obtener el resultado apetecido.

Y todas las damas de la asamblea hicieron gestos que eran una aprobación para estas palabras.

—Ahora os explicaré—dijo Lysistrata.

Y todas callaron, ávidas de escuchar la explicación.

—Ya sabéis—prosiguió entonces Lysistrata—que nuestros esposos acuden periódicamente a sus hogares para descansar de sus fatigas guerreras.

—El mío ya no tardará en llegar.

—Ni el mío.

—Ni el mío.

—Bien ; pues cuando llegue no vayáis a recibirle—añadió Lysistrata.

—¿No? ¡ Pobrecito mío ! Eso es muy doloroso.

—Yo no tengo valor para darle ese disgusto al esposo de mi alma.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni yo.

—¡Silencio!—exclamó Lysistrata—. Dejarme hablar primero. Cuando me hayáis oído, la que esté conforme en seguir mis consejos que se ponga en pie, y la que no, que se queda sentada.

Todas las damas callaron y, como quien calla otorga, Lysistrata prosiguió :

—No sólo no saldréis a recibir a vuestro esposo, sino que os marcharéis de casa cuando llegue, y si va a buscaros, os mostraréis inflexibles y os negaréis a hacer con él las paces si no jura desistir de volver al campo de batalla. Vuestros desprecios acrecentarán su amor y por reconquistar vuestro cariño harán todo lo que les pidáis, por enojoso que ello sea. Una vez estemos de acuerdo, procuraremos difundir nuestro proyecto por toda Grecia, con objeto de que el campo de batalla quede sin un solo hombre y concluya la guerra por falta de guerreros. Las mujeres seremos entonces las verdaderas dueñas del país. Por lo tanto, a nosotras nos corresponderá imponer los castigos y conceder los premios. Desde luego, pue-

do adelantaros que premiaremos a todas las que se hayan sacrificado por la salvación del país y castigaremos a las que no han servido a la causa. Ahora, la que se comprometa a seguir mis consejos que se ponga en pie, y la que no, que se quede sentada.

La primera en levantarse fué Kalónice. Myrrina la segunda, y, a continuación, todas las demás, pues ninguna quiso correr el riesgo de recibir los castigos que Lysistrata pudiera imponerles cuando las mujeres reinaran.

—¡Bien!—exclamó Lysistrata satisfecha—. El triunfo es nuestro. Ahora, sólo nos falta hacer correr la voz por toda Atenas y por todo el país.

—Yo me encargo de mi barrio.

—Y yo del mío.

—Y yo del mío.

—Y yo—dijo Myrrina—de los pueblos del contorno.

—Y yo de la alta Grecia—aseguró otra.

—Y yo de las ciudades bajas—saltó la que estaba a su lado.

Y todas, enardecidas por el futuro triunfo,

comenzaron a saltar y a gritar, cuando Kalónice dijo de súbito.

—Pero, ahora que pienso, si dejamos vacíos nuestros campos de batalla, ¿no daremos lugar a que Esparta nos venza y nos destruya?

—No—repuso Lysistrata.

—¿Qué vas a hacer para evitarlo?

—Eso corre de cuenta mía. ¿Tenéis confianza en mí?

Las asambleístas vacilaron un momento.

Al fin, dijo una voz:

—Sí, yo deposito en ti toda mi confianza.

—¡Y yo!

—¡Y yo!

Y, sin que ninguna de ellas dejara de lanzar este grito, salieron alegremente de casa de Lysistrata, dispuestas a salvar al país.

III

Dijimos antes que en Atenas no quedaba un solo hombre y faltamos a la exactitud. En Atenas quedaba todo el elemento masculino que por una u otra causa estaba excluído de lo que ahora se llama el servicio militar. De aquí que los ancianos se contaran por docenas.

Estos fueron los primeros en poner el grito en el cielo ante la desafortada conducta de las mujeres.

Uno de ellos, llamado Tráfaco y que tenía gran fama de austero y ecuánime, reunió a los demás en su casa, como antes hiciera Lysistrata, la salvadora de Grecia.

Esta última asamblea fué muy distinta a la anterior.

En aquélla se veían lindos rostros, compuestos y empolvados, mientras ésta estaba formada por caras barbudas y circunspectas.

Todos se acariciaban las barbas cuando Tráfaco se puso en pie y comenzó a decir :

—Amigos míos, representantes de la seriedad del país ; sabed que hemos llegado a una situación insostenible. Las mujeres, siempre propicias al escándalo, no se han conformado esta vez con eso, sino que han tomado por asalto la ciudadela y se han erigido en gobernadoras del pueblo. ¿Adónde iríamos a parar si no pusiéramos fin a este estado de cosas ? ¿Qué sería de Grecia si hubieran de regir sus destinos las mujeres, seres frívolos y que se pasan el día delante del espejo ? Es preciso poner en el acto remedio a la situación. Debemos recurrir a todos los medios que tengamos a nuestro alcance para restituir a las mujeres a sus casas y obligarlas a que se ocupen de las labores propias de su sexo. ¿Estamos de acuerdo ?

—Sí—respondieron a coro todos los ancianos.

—El caso es—dijo Tráfaco—que yo no tengo ningún medio para llevar a la realidad tal propósito. ¿Y a vosotros, se os ocurre alguno ?

Hubo un instante de silencio. Tras él se levantó uno de los assembleístas y, después de

toser dos veces y pasarse la mano por la barba gris, dijo con voz profunda :

—Yo creo que el único medio para contrarrestar la osadía de las mujeres es hacer uso de nuestras fuerzas.

—¡ Muy bien !—dijo otro caballero, de enrojecida tez, dando un gran puñetazo sobre uno de los brazos de su sillón—. Debemos levantar nuestros puños e imponer la debida corrección a esas insensatas mujeres que, con sus perifollos y sus perfumes, están poniendo en peligro la seriedad de Grecia. ¡ Por Júpiter ! ¡ Portémonos como corresponde a nuestro sexo viril !

Tan fuerte quiso pronunciar estas palabras, que, poniéndose colorado hasta el punto de parecer que iba a estallar, comenzó a toser.

Todos manifestaron su aprobación dando un fuerte puñetazo sobre el brazo del sillón que ocupaban.

Acto seguido, Tráfaco se puso en pie y todos los asambleístas le imitaron.

Tráfaco delante y los demás viejos detrás, formados de dos en dos, se dirigieron a la ciudadela.

La puerta estaba llena de mujeres y Tráfaco exclamó :

—¡Eh, mujeres! ¡Por todas las diosas! ¿Qué hacéis en la ciudadela?

—Somos las gobernadoras del país y estamos en el sitio que nos corresponde.

—¿Qué pretendéis?

—Salvar a Grecia, ya que vosotros os habéis propuesto llevarla a la ruina.

—¿Cómo podréis llevar a cabo tan descomunal empresa, desdichadas? ¿Acaso sois útiles para algo más que para manejar la aguja y embadurnaros de polvos la faz?

—Ya veréis, ancianos, para lo que servimos. Somos jóvenes, somos fuertes. De la ciudadela no saldrá un solo céntimo para ser destinado a la guerra. Sólo nosotras manejaremos de hoy en adelante el tesoro público.

—Eso será si nosotros lo consentimos—exclamaron a coro los ancianos.

—¿Os atreveréis a oponeros?

—Sí.

—¿Y lograréis entorpecer nuestros propósitos?

—Entorpecerlos y evitar que los llevéis a la práctica.

Las mujeres replicaron con una carcajada, y entonces, el ejército de ancianos, montando en cólera, abalanzóse sobre ellas y no sabemos hasta dónde hubieran llegado las cosas si en aquel instante no pasara por allí un magistrado, el cual, atraído por el fragor de la lucha, se acercó al punto donde ésta era más encarnizada y dedicó todos sus esfuerzos a restablecer la paz.

—¡ Por Diana de Táuride ! ¡ Cese la contienda ! ¡ Oído a la voz de la justicia !

Al oír estas últimas palabras, los de uno y otro bando dejaron de combatir y todos clavaron sus ojos en el magistrado.

—¿ Qué ocurre ?—preguntó éste con voz severa y profunda.

—Pues sucede—replicaron los viejos—que las mujeres se han erigido en gobernadoras del país, ofendiendo a la autoridad del Senado y haciendo caso omiso del primero al último magistrado de Atenas. Se han apoderado de las llaves del tesoro y se niegan a soltar una sola



— No sé cómo he tenido paciencia...

moneda que haya de emplearse en nuestra guerra con Esparta.

El magistrado quedó un instante en silencio y contemplando a las mujeres que estaban en la puerta de la ciudadela. Al fin dijo :

—¡ Oh, mujeres, mujeres ! ¡ Sexo disoluto ! ¡ Escarnio del país ! No contentas con ensordecernos con vuestros locos gritos de alegría, ahora os mezcláis en los asuntos más trascendentales del estado para llevar a Grecia a la completa catástrofe. ¡ Oh, mujeres, mujeres ! ¡ Los dioses os confundan !

Entonces, partiendo del grupo de mujeres que obturaba la entrada de la ciudadela, avanzó Lysistrata y dijo :

—No sé cómo he tenido paciencia para escuchar hasta el último de tus desatinos. Sabe, magistrado del demonio, que, en esta ocasión, las mujeres hemos demostrado ser mucho más razonables que los hombres, y que no vamos a provocar la ruina del país sino a salvarle. Vosotros, con vuestras guerras y vuestra torpe política, consumís hombres y dinero inútilmente y, de no haber intervenido a tiempo nosotras, habríais llegado a sembrar la desolación y la

miseria en el país. ¿Qué es hoy un hogar? Un nido abandonado donde las crías se consumen de amargura. Aparte los vuestros, y a esos no se les puede llamar nidos, no hay en Atenas un hogar completo. No se ven por las calles más que seres caducos y atrabiliarios como vosotros. Los autores no tienen humor para escribir porque saben que todo su público va a reducirse a vosotros. No hay fiestas porque en ellas faltaría el elemento masculino: vosotros no asistiríais porque habéis perdido el gusto de la diversión; los jóvenes están en el campo de batalla, entregando su sangre por un ideal disparatado. Aterra el cuadro que ofrecen las calles de Atenas sólo cruzadas por seres de barba canosa y de gesto hostil. ¡Maldita sea la guerra! ¡Cien veces sea maldita!

Y Lysistrata quedó frente al magistrado en una actitud altiva y retadora.

El magistrado, atiesándose más de lo que ya lo estaba, replicó simplemente:

—¡Detén la lengua, mujer rebelde! Si vuelves a proferir tan insensatos insultos te mandaré prender por mis arqueros.

—No temo a tus arqueros—repuso Lysistrata.

—Pues yo te enseñaré a que los temas.

Y volviéndose hacia uno de los arqueros que siempre llevaba consigo, ordenó :

—Prende a esa mujer y condúcela a la prisión.

El arquero obedeció al punto y no sabemos qué hubiera sido de Lysistrata si media docena de las mujeres que estaban estacionadas a la puerta de la ciudadela, no hubiesen intervenido luchando a brazo partido con el arquero.

En cuestión de unos cuantos segundos, el desdichado siervo de la justicia quedó convertido en un guiñapo. Las mujeres habíanle desgarrado las ropas, extraído un ojo y arrojado a los pies del magistrado, el cual estuvo en un tris que no diera de bruces contra el suelo.

—¡ Por Júpiter Tonante ! ¡ Pronto ! ¡ Otro arquero !

Pero ninguno de ellos se movió.

—¡ Ah, cobardes !—gritó el magistrado ahogándose de indignación—. ¿ Teméis a las mujeres ? ¿ Qué papel haríais, pues, ante los es-

partanos?... Os ordeno que uno de vosotros reduzca a la obediencia a esas mujeres.

Los arqueros bajaron la cabeza avergonzados, pero ninguno de ellos se atrevió a dar un paso que le aproximara a las rebeldes.

El magistrado volvió a bramar :

—¡ Por todos los dioses del Olimpo ! ¿ Es que uno solo no os atrevéis ? Bien, avanzad dos a un tiempo.

Esta nueva orden fué cumplida prestamente. Dos arqueros avanzaron... y los dos corrieron la misma suerte que el primero.

—¡ Arqueros !—rugió entonces el magistrado—. ¡ Avanzad todos de una vez !

Esta vez el enemigo alcanzaba el número de nueve y las damas se vieron precisadas a pedir refuerzos. Todas las que contemplaban el espectáculo desde la entrada de la ciudadela acudieron a auxiliarlas y en menos que se cuenta los nueve arqueros quedaron convertidos en un informe montón de cosas inanimadas.

Los ancianos, que hasta entonces habían presenciado el espectáculo pasivamente, confiando en que al fin la rebeldía de aquellas mujeres sería domeñada, enrojecieron de coraje ante

el fracaso de los arqueros y, a una voz de Tráfaco, se abalanzaron contra las insurrectas dispuestos a convertirlas en ceniza.

Pero Lysistrata acercóse a la puerta de la ciudadela, dió una voz, y cien, doscientas, mil mujeres acudieron en defensa de sus compañeras.

Ni que decir tiene que en menos que se cuenta no quedó de los ancianos más que un montón de algo blanquecino y semejante a la estopa.

Eran las canosas barbas de los combatientes.

El magistrado trató de huir, pero las masas rebeldes se lo impidieron.

Nada diremos respecto a lo que con él hicieron las damas insurrectas. Ello equivaldría a recargar la nota trágica, en perjuicio de la sensibilidad de nuestros jóvenes lectores.

IV

A la puerta de la ciudadela pasea Lysistrata con una lanza en la mano. La paz más completa reina en el lugar. Anochece y la sombra lo va envolviendo todo. En la obscuridad refulgen los ojos de Lysistrata con un centelleo de victoria. Del interior de la ciudadela llega rumor de voces.

Lysistrata tiene la actitud arrogante de los vencedores. Sus movimientos son enérgicos, casi masculinos. De vez en cuando se detiene y mira en todas direcciones.

Nadie se acerca. Ninguna sombra se columbra y no se oye otro ruido que el rumor que se produce en el interior de la ciudadela.

De súbito, esta paz, este silencio es interrumpido por un grito, por una voz masculina que llega a los oídos de Lysistrata con temblores de desesperación.

La dama se detiene, apoya la lanza en el suelo y mira en todas direcciones.

Al pronto nada ve, pero no tarda en distinguir una sombra que resalta en la obscuridad reinante. Es una forma humana que, a la vez que se acerca, se mueve de un lado a otro. Es un hombre—así lo acredita el tono de su voz— que grita desesperadamente :

—¡ ¡ Myrrinaaaa !!

Lysistrata espera a pie firme.

La forma se acerca. Es un joven y robusto guerrero. Pese al estado de abatimiento en que se halla, se advierte la fortaleza de su cuerpo, la férrea musculatura de sus piernas y de sus brazos, que le dan una apariencia de atleta.

—¡ ¡ Myrrinaaaa !!

Su grito es más bien un sollozo. Lysistrata distingue una lágrima en sus ojos, lágrima que, rompiéndose en mil pedazos, queda prendida en sus pestañas húmedas y de una singular brillantéz.

—¿Qué buscas, extranjero? — pregúntale Lysistrata.

—No soy extranjero. Soy un verdadero ateniense y busco a mi mujer.

Y va a proseguir su camino, pero Lysistrata le pone la lanza en el pecho.

—Detente.

Obedece el joven y la dama le pregunta :

—¿Quién es tu esposa?

—Myrrina.

—¿Entonces tú eres Cinesias?

—El mismo, ¿y tú?

—Lysistrata.

—¡ Oh, Lysistrata ! ¡ Por las diosas ! ¿ Sabes acaso el paradero de Myrrina ?

—Sí.

—¡ Oh, por Júpiter, dime dónde está !

—En la ciudadela.

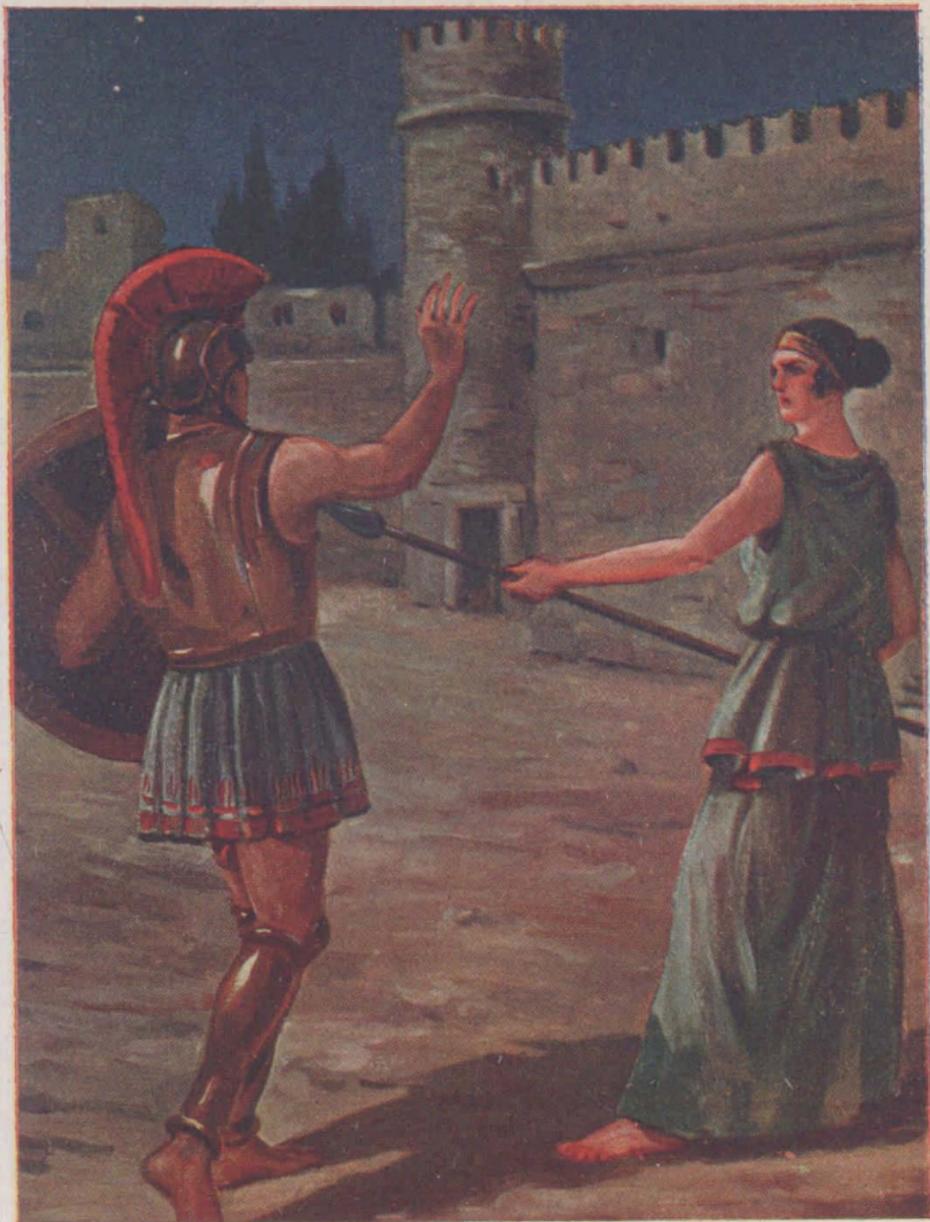
—¡ Que los dioses premien tus bondades !

Y se precipita hacia la entrada de la ciudadela. Pero Lysistrata vuelve a ponerle la lanza en el pecho.

—¿ Por qué me detienes ? ¿ Quién eres tú para usar esa lanza y guardar la puerta de la ciudadela ?

—Mi cargo de centinela me obliga a ello.

—¿ Centinela ? ¡ Apolo me ilumine ! ¿ Qué sucede en Atenas ? Llego del campo de batalla, después de cien jornadas de muerte y desola-



— Detente.

ción y, cuando con el corazón palpitante de gozo llamo a la puerta de mi hogar, nadie me contesta. Llamo en las casas vecinas y obtengo idéntico resultado. Busco por las calles y no veo más que algún viejo senador y algún tullido. Prosigo mi busca a través del campo y de la ciudad y, cuando llego frente a la ciudadela, una mujer, una amiga me sale al paso y me pone una lanza en el pecho. Después me dice que es el centinela. ¡Por Baco que no comprendo lo que ocurre!

—Yo te lo explicaré. Las mujeres, cansadas de su soledad, pues vosotros pasáis cien días en el campo de batalla y uno con nosotras, hemos decidido atrincherarnos en la ciudadela, de donde no saldremos hasta que los hombres hagáis la paz con Esparta. Obrando así, no hacemos sino pagaros con la misma moneda. ¿Vosotros preferís el campo de batalla a vuestros hogares? Pues nosotras preferimos la ciudadela a vosotros.

—¿Entonces, no podré ver a mi Myrrina?

—No, mientras no se haya pactado la paz.

—¡Oh, dolor! ¡Oh, insensata crueldad!

¿Así aliviáis las angustias que vuestros desdichados esposos sufren en la guerra?

—No vayáis a la guerra.

—¿Y no yendo a la guerra volveríais a nuestro lado?

—En el acto. No anhelamos otra cosa.

—¡Entonces, juro no volver al campo de batalla! Dame a mi Myrrina.

—No te la daré hasta que se haya pactado la paz.

—¡Oh, Lysistrata, cuán cruel eres! No puedo vivir sin ella.

—Pues bien has vivido un día tras otro en el campo de batalla.

—Porque la esperanza de volver a su lado me sostenía.

Y se echó a llorar con tan sincera angustia que Lysistrata se compadeció de él.

—Te permitiré que la veas, pero sólo un instante.

Y se acercó a la puerta y envió en busca de Myrrina a una esclava.

Cinesias esperaba jadeante de emoción.

Cuando al fin apareció Myrrina, corrió para

arrojarse en sus brazos, pero la dama le detuvo.

—Quieto, Cinesias. Hasta que no pactéis la paz con los espartanos no podréis pactarla con nosotras.

—¡ Oh, esposa mía ! Ten compasión de mí. No puedo vivir sin tu cariño. Vamos a nuestra casa, a nuestro hogar.

—No puede ser. Cuando reine en Grecia la paz, reinará también entre nosotros.

—¿ Qué voy a hacer en casa yo solo ? ¿ Quién me hará la comida ? ¿ Es que voy a convertirme en esclavo ?

—Lysistrata te cederá uno.

—¡ Por favor, Myrrina !

Pero ésta dió media vuelta y entró en la ciudadela.

Cinesias, convencido de que toda nueva tentativa sería inútil, dobló sobre el pecho la cabeza y se alejó lentamente de la puerta que guardaba Lysistrata. Esta envió tras él un esclavo.

Al día siguiente llegó otro guerrero buscando a Kalónice y la escena se repitió.

Y desde entonces ya no pasó un solo día sin que, a la puerta de la ciudadela, se desarrollara

un pequeño drama de amor y desesperación.

Los guerreros que iban llegando a Atenas sólo para descansar por unos días, en Atenas se quedaban para siempre.

Triunfaban las mujeres. Triunfaba el amor.

V

Atenas volvía a ser la ciudad de siempre. Las calles veíanse de nuevo animadas por el paso continuo de robustos atletas llenos de juventud y de vida.

Diariamente y a todas horas, la ciudadela recibía la visita de los anhelantes esposos que esperaban el deseado pacto de paz.

Las promesas de las mujeres, que les aseguraban volverían a su lado tan pronto como la guerra concluyese, les daba ánimos.

Mas, de súbito, brotado no se sabía de dónde, se difundió por la ciudad un inquietante rumor.

¿Acaso porque los atenienses se negaran a ir a la guerra, habría ésta de terminar con la paz?

Lo más probable era que los espartanos, al

ver que el enemigo no oponía resistencia ninguna, se abalanzara sobre sus dominios y no dejara alma con vida.

Los ancianos fueron los primeros en manifestar la inquietud que tal idea les causaba. Se reunieron de nuevo y acordaron elevar una protesta al Senado. Una comisión encabezada por Tráfaco fué la encargada de visitar a los senadores para ponerles al corriente de la situación. Tráfaco estuvo elocuente—a pesar de que la tos desgració algunos de sus párrafos—y el Senado se reunió para tratar del asunto.

Tras larga deliberación, convinieron los senadores en que era preciso hacer empuñar las armas a los atenienses, si querían evitar una gran catástrofe.

Mas, ya iba a ser levantada la sesión, cuando en la sala apareció un heraldo con catadura de extranjero que solicitó un instante de atención.

Se hizo un silencio general y, con gran asombro de los assembleístas, el recién llegado dijo :

—Soy un mensajero de los espartanos y vengo a proponeros que se concierte la paz.

—¡ La paz !—exclamaron a coro todos los senadores.

—¿ Qué es lo que les ha movido a proceder así?—preguntó el más curioso de los asambleístas.

—El amor—repuso el mensajero lacónicamente.

—¿ El amor?—volvieron a exclamar a coro todos los senadores.

—Sí—explicó el mensajero—. Las mujeres se han negado a reconocer a sus esposos como tales esposos hasta que no concluya la guerra.

—¡ Venus nos asista ! Las espartanas han imitado a las atenienses.

—Os ruego no me entretengáis—dijo el mensajero—. La juventud espartana aguarda anhelante vuestra respuesta.

—¿ Qué podemos responder?—repuso el senador más anciano—. Enviad a vuestros embajadores y será concertada la paz.

El mensajero salió de estampía. También él deseaba ávidamente llegara el momento de reunirse con su esposa.

* * *

En efecto, unos días después se pactaba el fin de la guerra, con el juramento de que jamás podría reanudarse.

Constituyó un hermoso cuadro la salida de las mujeres de la ciudadela, en cuya puerta aguardaban sus esposos trémulos de emoción.

Durante varios días Atenas fué escenario de fiestas continuas. Todo lo que había de gastarse en la guerra, se empleó para celebrar la fecha memorable de la paz eterna.

Cuando la vida volvió a su cauce normal, Lysistrata hizo a su amiga Myrrina la siguiente confidencia :

—¿Qué como pudo darse la coincidencia de que las damas espartanas obraran del mismo modo que nosotras? Pues muy sencillo : enviándoles un mensaje y comunicándoles nuestros propósitos. Como yo suponía, también ellas anhelaban el fin de la desastrosa guerra y prometieron imitarnos. He aquí lo que ha sucedido, Myrrina. Ahora mimemos a nuestros esposos. ¡ Han sufrido tanto los pobrecitos !...

III

LAS AVES

Evélpides y Pistetero, dos distinguidos ciudadanos atenienses tuvieron cierto día la siguiente conversación :

—Querido Pistetero. Estoy harto de la vida de Atenas. Aquí no hacemos más que pagar tributos y enredarnos en procesos. Todo son obligaciones y fórmulas, inquietudes e hipocresías. Si continúo viviendo aquí acabaré por morir de tristeza.

—Lo mismo me sucede a mí, Evélpides. Quisiera residir en una ciudad donde las obligaciones más importantes fueran las de asistir a alguna boda que otra y a un banquete de vez en cuando. Pero ¿qué vamos a hacer? Hemos de resignarnos a vivir en Atenas, por mucho que nos pese.

—No, amigo mío, no hemos de resignarnos

Se me ha ocurrido un medio de salir de aquí con la esperanza de hallar la ciudad anhelada.

—¿Es posible?

—Oyeme. ¿Recuerdas a Tereo, rey de Tracia, que fué convertido en pájaro?

—Recuerdo.

—Pues bien. Vayamos en su busca. El habrá visto miles y miles de ciudades y, a buen seguro, conocerá alguna que reúna las apetecidas condiciones.

—¿Y cómo lograremos encontrar a Tereo?

—Preguntemos a los vendedores de pájaros. Es casi seguro que ellos podrán indicarnos el camino.

Y, dicho y hecho, se encaminaron hacia el mercado, donde hallaron un vendedor de aves que les dijo, respondiendo a sus preguntas :

—Tereo se halla en plena selva, en lo alto de una montaña. Si queréis encontrarle, compradme este grajo y seguid el camino que él os indique. Id hacia donde él tienda el cuello. Y cuando veáis que baja la cabeza, ya habréis llegado.

Evélpides y Pistetero compraron el grajo y salieron de la ciudad. El ave torció el cuello

hacia la izquierda y esta dirección siguieron los caminantes.

Anda que andarás, llegaron a un inmenso valle, junto al cual se alzaba una altísima montaña. Como el grajo tendiera hacia ella la cabeza, Evélpides dijo :

—Debe de ser la cumbre de esta montaña la residencia de Tereo, el rey convertido en abubilla.

—Escalémosla ; pero antes, dime : ¿cómo nos entenderemos con las aves ?

—Hablando—repuso Evélpides sencillamente.

—¿Hablando ? ¿Acaso las aves saben hablar ?

—Estas, sí. Tereo conserva el don de la palabra a pesar de que le convirtieron en pájaro. Las aves que le rodean habrán aprendido de él.

Y reanudaron la marcha montaña arriba.

Al llegar a la cumbre quedaron extasiados ante la belleza del lugar.

Por doquier ofrecíanse a sus ojos selváticas flores y murmuradoras fuentes, verdes frondas y árboles magníficos.

—¡Qué hermoso es esto!—exclamó Evélpides.

—Realmente, por Júpiter olímpico, no he visto nunca cosa igual—convino Pistetero.

—Pero, distraídos con la belleza del cuadro que se ofrece a nuestros ojos, no nos hemos fijado en si el grajo baja la cabeza indicándonos que ésta es la morada de Tereo.

—¡Sí lo es!—exclamó Pistetero gozosamente—. Mira cómo dobla el pico y fija en el suelo la mirada.

—Entonces—repuso Evélpides—soltemos al grajo y veamos el modo de hacer advertir nuestra presencia.

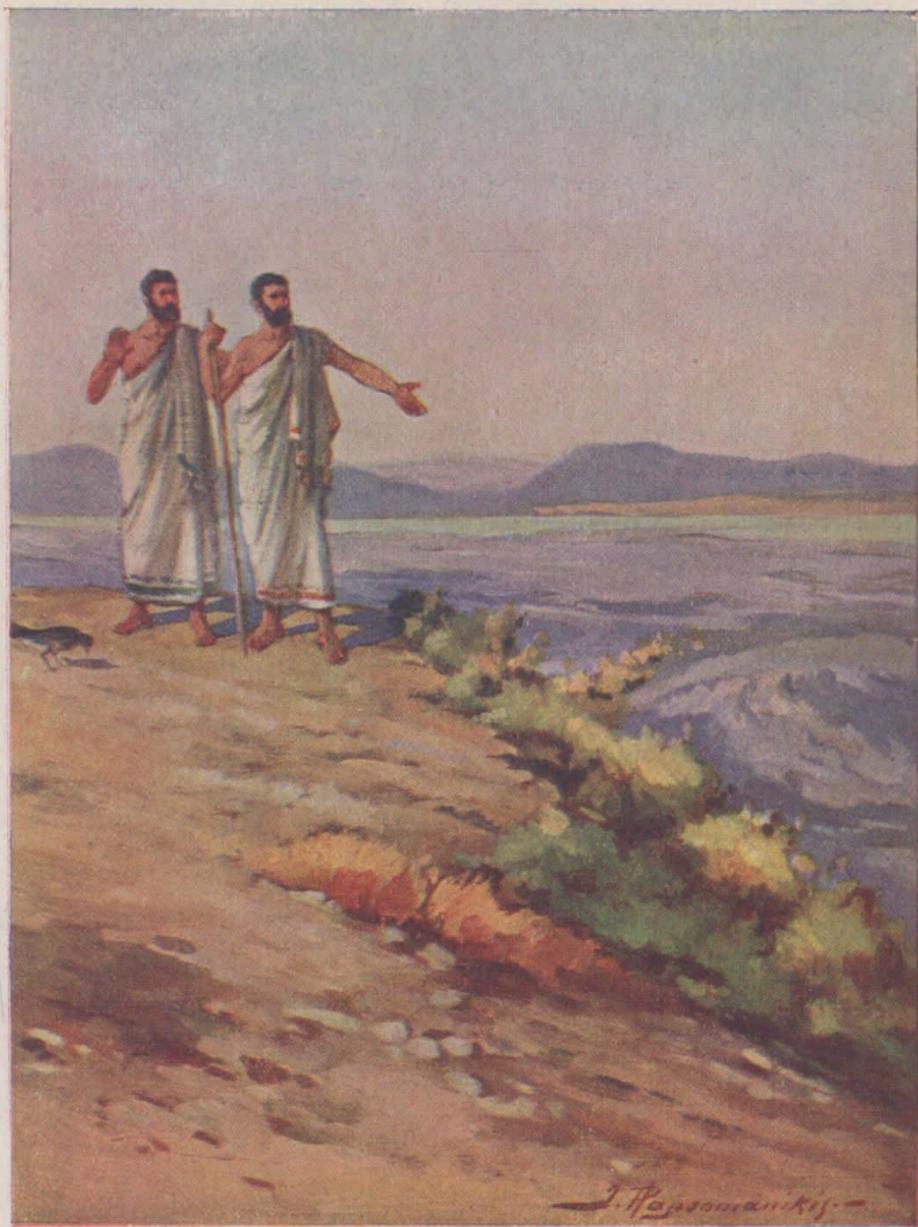
—Yo creo que si diésemos unos golpes en aquella roca...

—¡Excelente idea!—exclamó Evélpides—. Anda, acércate y da sobre la piedra unos cuantos puñetazos.

—Mejor sería que la golpearas tú con la frente.

—¡Bah! Ya se ve que eres un buen cobarde. Ahora verás.

Y, con toda la fuerza de sus pulmones, comenzó a lanzar estos extraños sonidos.



— ¡Qué hermoso es esto! —

—¡ Pió ! ¡ Pió ! ¡ Pirripirripió ! ¡ Pirripí ! ¡ Pirripí ! ¡ Pirripióooo !

—¿ Qué haces ?—preguntó Pistetero extrañado.

—Llamo a las aves.

—Vaya un modo de llamar.

—Imito su canto.

—Si los cerdos cantaran, creería que les estabas imitando.

—Tú, mi buen Pistetero, no has tratado nunca con aves. Yo, como he convivido con ellas, sé muy bien cómo hay que llamarlas.

—¿ Tú has convivido con las aves ?

—En Atenas me he dejado un jaulón lleno de pájaros.

—Bien, pero advierto que tu llamada no ha surtido el debido efecto.

Volveré a llamar.

Y lo hizo, volviendo a provocar la risa de Pistetero.

Esta vez saltó sobre la roca un reyezuelo, deslumbrando a los caminantes con su linda figura y su plumaje de colores.

Como Evélpides había supuesto, el ave tenía

el don de la palabra y repuso al saludo de los atenienses :

—Bienvenidos seáis a la selva, morada de las aves. ¿Qué deseáis?

—Ver a Tereo, el rey convertido en abubilla.

—Precisamente soy yo su esclavo.

—¿Su esclavo? ¿También tienen esclavos las aves?

—Yo ya lo era suyo en la época de su reinado.

—¿Lo eras?

—Sí. Y me convertí en pájaro al mismo tiempo que él.

—Es una historia digna del genio de Sófocles. En fin, ¿podemos ver a tu amo?

—Está durmiendo, pero lo despertaré.

—¿No se enfadará?

—A buen seguro. Ama al sueño tanto como a Júpiter. Pero le despertaré. Se alegrará de veros. Se alegra siempre que ve a un hombre, pues recuerda sus tiempos de rey.

—Entonces, llama a la abubilla.

El reyezuelo desapareció y volvió a aparecer en seguida acompañado del antiguo Tereo.

Un poco malhumorado aún por el repentino despertar, preguntó a los caballeros :

—¿Qué queréis de mí ?

—Queremos, buena abubilla, consultarte acerca de un punto que para nosotros es muy importante. Cansados de la vida ateniense, vamos en busca de una ciudad donde no haya acreedores, magistrados, arqueros, ni obligaciones enojosas. Tú, que tanto has visto, ¿sabes dónde podríamos hallar la ciudad que buscamos?

—Esa ciudad, amigos míos, no existe. Si existiera, ya no habría en ella espacio libre para nuevos forasteros.

Evélpides continuó hablando con la abubilla. Pistetero, mientras, reflexionaba. De súbito, lanzó un grito que atrajo las miradas de su amigo y del rey convertido en ave.

—¡ Se me ha ocurrido una gran idea !

—¿Qué idea es esa?

—Veréis. La ciudad mágica la podemos construir nosotros.

—¿Dónde?

—Sobre las nubes.

—¿Y por qué sobre las nubes?

—Porque así podremos todos convertirnos en dioses.

—¡En dioses!—exclamaron a coro Evélpides, la abubilla y el reyezuelo.

—Sí, puesto que los dioses verdaderos no podrán ejercer su divino oficio. Las nubes están entre el Cielo y la Tierra, ¿no es cierto?

—Cierto como la luz de Apolo.

—Pues bien ; si nosotros nos instalamos entre el Cielo y la Tierra es indudable que habrán de pasar por nuestra ciudad todos los envíos que los hombres hagan a los dioses, ya sean invocaciones, promesas o sacrificios. Y si nosotros detenemos esas promesas, esos sacrificios, esas invocaciones, es indudable que los dioses habrán de abandonar sus tronos.

—O se abalanzarán sobre nosotros, enfurecidos.

—Es lo más probable, pero ya sabremos defendernos.

—La idea es maravillosa, lo reconozco—dijo Evélpides.

—En realidad, es una idea admirable—convino la abubilla.

—Entonces, comencemos nuestro trabajo.

Tú, abubilla, convoca a las aves y exponles el propósito.

La abubilla obedeció al punto, comenzando a lanzar llamadas a diestro y siniestro.

En menos que se cuenta, el claro de la selva donde los atenienses conversaban con el rey convertido en pájaro, fué inundado por millares de aves de todas las especies.

Las de menor tamaño se colocaron sobre los hombros y la cabeza de los ciudadanos, en las ramas de los árboles próximos y sobre la roca donde la abubilla tenía su nido.

Esta dijo con voz solemne :

—Súbditos míos : os presento a Evélpides y Pistetero, atenienses de gran ingenio y dignidad, que han venido a convertirnos en dioses.

Todas las aves menos la perdiz, replicaron con una frase de bienvenida.

Evélpides, que casualmente advirtió el silencio hostil de la perdiz, dió cuenta de ello a la abubilla por lo bajo, y ésta se encaró con el ave rebelde.

—¿Por qué permaneces muda, perdiz?

La perdiz se sumió en un silencio obstinado,

pero ante la insistencia de la abubilla hubo de responder :

—Ya que lo quieres, voy a hablar. Desconfío del hombre, mejor dicho, lo detesto. El hombre es nuestro perseguidor más despiadado. Nos caza, se nos come.

Estas palabras produjeron un rápido efecto en la asamblea. Todas las aves, reconociendo como exactas las palabras de la perdiz, miraron a los atenienses como se mira al más terrible de los enemigos.

Evélpides y Pistetero, dándose cuenta de la situación, trataron de huir, pero un águila les cortó el paso.

—¡ Estamos perdidos !—dijo Evélpides.

—¡ Estamos perdidos !—repitió Pistetero con voz desfallecida.

La abubilla salió en el acto en defensa de los hombres.

—Haces mal, perdiz, en achacar a estos dos amigos culpas ajenas. Ellos no cazaron jamás. Y no sólo eso, sino que tanto amor nos tienen que cambian gustosos la compañía de sus semejantes por la nuestra. Pues habéis de saber, súbditos míos, hermanos de raza, que Evél-



... pero un águila les cortó el paso.

pides y Pistetero tendrán de hoy en adelante alas como nosotros y entre nosotros vivirán.

Las aves, aunque un tanto apaciguadas por las elocuentes palabras de la abubilla, miraban a los atenienses con recelo.

El antiguo Tereo, prosiguió :

—Gracias a ellos, de hoy en adelante seremos todos dioses. Bien sabéis lo que esto significa. Adoración, vida regalada... En fin, que hemos hecho nuestra suerte.

Y acto seguido, les explicó todo cuanto antes habíale dicho Pistetero.

Cuando hubo concluído, la hostilidad de las aves habíase convertido en entusiasmo, y, construyendo rápidamente unas alas para los hijos de Atenas, emprendieron el vuelo hacia las nubes, donde cada uno eligió su guarida.

* * *

Pasó un día y otro y la ciudad fué progresando. Todo envío que los hombres hacían a los dioses era cazado por las mil zarpas y los centenares de picos que aguardaban el paso de tales mensajes por los claros de las nubes.

Pero también en esta ocasión el ingenio le prestó su ayuda.

Cuando Hércules y Neptuno llegaron, ya estaba preparado todo en la ciudad de las aves.

En un punto bien visible de las nubes, preparó Pistetero una gran olla, con dos docenas de perdices rebeldes y que habían sido condenadas a muerte el día anterior. Encendió fuego, puso a un cocinero al cuidado de ella y cuando Hércules llegó, removi6 el guiso para que su aroma se esparciera por el espacio.

Hércules, que ya había visto a Pistetero y se dirigía hacia él con los puños cerrados, se detuvo al percibir el olorcillo de las perdices y, entornando los ojos y frotándose el est6mago con ambas manos, se sintió desfallecer de anticipado goce.

Pistetero consider6 llegado el momento de ir a recibir a los dioses y se acerc6 a ellos.

—Salud, ¡oh, Hércules! Bien venido, dios Neptuno. ¿Qué os trae a honrar estos humildes ámbitos?

Hércules, sin quitar ojo de la olla repuso :

—Venimos a hacerte en nombre de Júpiter proposiciones de paz.

—Me complace sobremanera — repuso Pistetero—llegar a un acuerdo con los dioses. Así, pues, voy a manifestaros al punto en qué condiciones pactaría yo la paz.

—Te escucho—dijo Neptuno.

—Te miro—añadió Hércules, con los ojos fijos en la olla.

—Pues bien—prosiguió Pistetero—. Seremos vuestros amigos si compartís con nosotros vuestro trono celeste, es decir, si nos concedéis que seamos tan dioses como vosotros.

Al oír tan insensatas palabras, Hércules apartó los ojos de la olla y los fijó en Pistetero ferozmente. El alado ateniense hubo de calmar sus ánimos en seguida.

—¡Eh, cocinero! ¿No se quema ese guiso? Cúidalo bien, pues pienso invitar a los dioses comisionados cuando hayamos pactado la paz.

La actitud de Hércules cambió al punto.

—¿Dices que nos invitarás a comer?—preguntó—. Pues, por mí, quedan aceptadas tus condiciones.

—¡ Ah, miserable glotón !—exclamó Neptuno—. ¡ Te vendes por una comida !

Pistetero intervino :

—Puesto que tú aceptas, Hércules, puedes ir comiendo. Entre tanto, ultimaré con Neptuno los detalles del pacto de paz.

Hércules se abalanzó al punto sobre las perdices y Pistetero habló a Neptuno de esta forma :

—Ten en cuenta, Neptuno, que seréis más poderosos si las aves os ayudan a reinar sobre la tierra. Al abrigo de las nubes y bajando la cabeza, los mortales perjuran impunemente por vosotros ; pero si nos tuvierais por aliadas, cuando esto sucediera, el cuervo descendería a la tierra y arrancaría los ojos al perjurio. Del mismo modo, obligaría a los seres humanos a cumplir las promesas que os hacen y los sacrificios que se comprometen a ofreceros. Estas y otras muchas ventajas obtendréis si os aliáis con nosotras. En cambio, si os obstináis en ser nuestros enemigos, todo lo que pensamos hacer con los mortales lo haremos con vosotros.

Al oír estas últimas palabras, Neptuno se

apresuró a aceptar las condiciones de Piste-tero.

Y después de ayudar a Hércules a dar fin a las perdices, volvieron a su celeste morada para comunicar a Júpiter el resultado de su visita.

Júpiter, como Neptuno, no vaciló en aceptar.

Y, desde entonces, los dioses y las aves tuvieron el mismo ascendiente sobre los seres humanos.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

IV

LAS RANAS

Por un solitario e ignorado camino de Atenas, iba cierto día un hombre a pie y otro a lomos de un pollino.

Ambos tenían el mismo semblante cínico. El peatón, con el rostro sin rasurar, una clava al hombro y envuelta al cuerpo una piel de león, avanzaba torpemente, pese a los esfuerzos que hacía para mantenerse en olímpica actitud. Se veía en él que tenía costumbre de rodar por las más inmundas y bajas barriadas atenienses, mezclándose con la gente maleante.

Si entonces hubiera establecido un servicio de policía tan perfecto como el de nuestra época, aquel hombre habría tenido que entenderse más de una vez con jueces y comisarios.

Respecto al que iba sobre el pollino, tenía la

misma apariencia inquietante y sólo se diferenciaba de su compañero en que mientras éste caminaba sin más peso que el de sus ligeras ropas, él había de soportar sobre los hombros la carga de un pesado equipaje.

¿Adónde conducía aquel camino? ¿Quiénes eran aquellos dos seres de aspecto tan poco tranquilizador?

En seguida vamos a tener ocasión de saberlo, pues el del pollino, volviéndose hacia el que va a pie le dice :

—Amo mío, me duelen las espaldas de llevar este insoportable peso.

—Tú, mi infiel Jantias, naciste para quejarte y quejándote morirás.

—La razón me sobra.

—Lo que te sobra es lengua.

—El peso de este maldito equipaje es enemigo del silencio.

—¿Y si yo, el dios Baco, te ordenara que callases?

—Nadie es dios para sus esclavos.

—¡ Por Júpiter Tonante ! Si continúas tan impertinente, todo mi poder sobrenatural caerá sobre ti.

Ya sabemos, pues, quiénes eran aquellos dos hombres. El que iba a pie, el dios Baco; el del pollino, un esclavo del dios.

Sabido es que en Grecia y en aquel tiempo, reinaba un disparatado paganismo. No tenían suficiente con un solo dios, ni con diez ni con ciento. A millares los adoraban. De aquí que no faltara quien, viendo la parte grotesca de esta confusión de seres todopoderosos, hiciera burla de ellos y de sus adoradores.

Baco era el dios del vino. No debe extrañarnos, pues, que un dios cuya divinidad se cifraba en el vicio ruin de la bebida, marchara por los caminos de Atenas como cualquier simple mortal.

Ya debían de llevar algunas horas caminando, pues el aspecto de amo y criado demostraba que su fatiga era tanta como su mal humor.

El esclavo, Jantias, volvió a lamentarse:
—No puedo más. Si el viaje es muy largo, seguro estoy de que no llegaré al término de él con una sola costilla en su sitio.

—Pronto llegaremos.

—¿Al fin?

—Al principio.

—¿Acaso no hemos comenzado aún?—preguntó Jantias con aterrado semblante.

—Todavía no.

—Explícame este misterio, amo mío. ¿No hemos comenzado el camino y estamos ya caminando?

—No es ningún misterio, impertinente Jantias. Caminamos hacia el templo de Hércules, para que éste nos indique el camino del infierno, el cual emprenderemos en seguida.

Jantias, a pesar del peso que llevaba sobre los hombros, dió un convulsivo salto.

—¡ Oh, mísero de mí!—exclamó el esclavo—. Después de un camino tan penoso, el infierno.

El camino terminaba en otro y por éste doblaron los caminantes.

—¿Conoces la senda?—preguntó Baco.

—Al fin sé por dónde voy—repuso Jantias—, ya veo el templo de Hércules.

Llegaron a él y Baco, sacando una enorme clava del equipaje que llevaba el esclavo, descargó dos golpes formidables en la puerta.

Dentro, resonó un vozarrón enorme.

—¿Quién llama así a mi puerta? ¡Por Júpiter Tonante que voy a enseñar a quien sea cómo se llama en una casa que no es la propia!

A lo que Baco replicó dirigiéndose a Janias.

—¿Has advertido cómo le he asustado?

—Páreceme, amo mío, que el susto vas a llevártelo tú cuando le veas salir.

En efecto, Baco hubo de dar un salto atrás cuando la puerta del templo se abrió y apareció la figura descomunal y terrible de Hércules.

—¿Qué quieres de mí?—bramó.

Mas al punto su ira se trocó en hilaridad y dijo señalando el cuerpo de Baco:

—Veo que sobre la túnica amarilla llevas puesta una piel de león. ¿Por qué te has vestido así? Esa piel y esa clava te confunden conmigo.

—Eso pretendo—repuso Baco lanzando un suspiro al ver que Hércules había cambiado de actitud—. Pero, ante todo, quiero hacerte

una pregunta : ¿Cuál es el camino más corto para llegar al infierno?

—¿Qué objeto te guía allí?

—Verás. Nos hallamos en una época en que no hay en Atenas un solo trágico digno de atención. Y como a mí la poesía me gusta mucho, he pensado restituir a Eurípides a la Tierra, sacándole del infierno, donde a buen seguro se halla.

—Magnífica idea. Pero pareceme que mejor harías en traerte a Sófocles.

—No sé si Sófocles estará en el infierno ; mas, aunque estuviera, me resultaría muy difícil hacerlo escapar. Eurípides es más astuto y no hallará dificultad en la fuga.

—Bien. Ahora dime : ¿por qué usas un traje semejante al mío?

—Porque, como tú ya eres conocido en el infierno por haber estado en él, me será más fácil entrar haciéndome pasar por ti. Tú me dirás qué nombre tiene el guardián de la puerta y los demás que desempeñan cargos similares, así como también las panaderías, fuentes y posadas donde haya menos mosquitos. Diciendo que soy Hércules, en todas partes

se me dejará la entrada libre. ¿Quieres darme estos informes que te pido?

Hércules se los dió gustoso, y entonces Baco volvió a preguntar :

—¿Y cuál es el camino más corto para el infierno?

—Pues mira, coge una cuerda, da con ella dos vueltas a tu cuello, súbete a un árbol y ahórcate.

—¡Demonio! — exclamó Baco dando un brinco.

—Es un camino seguro para ti.

—Pero no me seduce ahorcarme. ¿No hay otra senda?

—Hay muchas.

—Yo quiero ir por la misma que tú fuiste.

Esa es sumamente larga. Lo primero que hallarás es una inmensa y profunda laguna.

—¿Y cómo podré atravesarla?

—Un viejo barquero te pasará de una parte a otra mediante el pago de dos óbolos.

—¡Hasta en el infierno hay que pagar!

—Después—añadió Hércules con expresión terrible—verás una multitud de serpientes y monstruos horribles. Luego un vasto cena-

gal y, sumergidos en él, todos los que contrajeron deudas o hablaron mal de sus amigos.

—Si tratas de infundirme miedo — dijo Baco—, te advierto que nada me hará desistir de mis propósitos.

Jantias, menos intrépido, temblaba sobre el borrico.

—Amo mío—balbució—, creo que debíamos dejar la visita para mejor ocasión.

—He aquí un hombre de la época—dijo Baco despreciativamente—. ¿Puede estar segura Atenas con esta clase de defensores? ¡Ah, cobarde!

—No es cobardía. Es que el equipaje... el peso... lo largo del camino.

—¡Embustero! Dices que no es cobardía y tiemblas como la punta de una espada. ¡Adelante!

—¡Aguarda! ¡Tengo una idea! Sube con el equipaje a lo más alto de este templo y arrójate de cabeza. Tu alma, entonces, será transportada al infierno, y he aquí cómo podremos transportar el equipaje sin que dificulte nuestro camino. Yo haré correr al asno y llegaré casi al mismo tiempo que tú, amo mío.

Baco le miró de reojo y luego dijo, sonriendo irónicamente :

—Me parece una idea muy ingeniosa. Mas hay que introducir en ella un cambio. En vez de ser yo el que se arroje desde lo alto de este templo, hazlo tú.

—No puedo consentir en arrebatarte este honor.

—Te lo cedo gustoso.

—De ningún modo. Arrójate tú.

—Basta de burlas—rugió Baco levantando la clava amenazadoramente — Hércules, ¿qué dirección debemos tomar?

—Esa.

—Está bien. Júpiter te guarde.

—Adiós. Buena suerte.

—Adiós—dijo Jantias mirando a Baco.

—¿Cómo adiós? Pasa delante si no quieres saber de las caricias de mi clava.

Y, muy a pesar suyo, Jantias hubo de espolear al asno y abrir la marcha.

Baco le siguió con paso marcial.

II

Conforme se iban alejando de Atenas, el camino se hacía más extraño e inquietante.

El asno enderezaba las orejas y ponía rígidas las patas delanteras al menor ruidillo. Jantias, sobre él, miraba a un lado y a otro, como si temiera ver aparecer de súbito a los terribles monstruos infernales.

Baco, que iba detrás pensando en sus próximas aventuras, dió de súbito un estornudo tan formidable que Jantias, sobresaltado, se arrojó de cabeza de su cabalgadura y el asno puso pies en polvorosa, no deteniéndose hasta que su cabeza chocó contra el tronco de un árbol, cayendo hacia atrás y quedando panza arriba.

Baco, riendo del percance, se acercó a su esclavo, el cual permanecía boca abajo en el suelo, tendido cuan largo era.

—¡Eh! Jantias, ve a auxiliar a tu asno y recoge el equipaje.

—No puedo, amo mío—repuso Jantias—. Estoy muerto.

—Levanta o te doy un golpe con la clava.

—Los golpes no hacen daño a los muertos.

—¿Que no? Ahora verás.

Y si bien no le golpeó con la clava, arrancó de una planta una espina y le dió un pinchazo en una pierna.

Jantias se puso en pie de un salto.

—¿Es que estamos ya en el infierno?

Baco le dijo que no, explicándole a continuación todo lo ocurrido. Jantias, convencido al fin de que no estaba muerto, volvió a cargar con el equipaje y, después de devolver el sentido al burro, para lo cual le sopló en los hocicos, reanudó la marcha, temblando más intensamente aún que antes.

Anda que andarás, llegaron a una montaña, para lo que hubieron de dar un rodeo.

Luego cruzaron un bosque. Al fin, llegaron a una gran laguna, cuyas inmóviles aguas tenían algo siniestro.

—He aquí la laguna de que Hércules nos ha hablado—dijo Baco.

—Esta es la laguna esti... esti... esti...

—¡Estigia! ¿Por qué tiemblas, cobardón?

—Es que tengo frío—explicó Jantias.

—¿Frío con este calor infernal?

Al oír la palabra «infernal» a Jantias comenzaron a rechinarle los dientes. Baco, sin hacerle caso, procedió a la busca de Caronte, el barquero que había de pasarles a la otra orilla.

Le distinguió a lo lejos y comenzó a hacerle señas y a llamarle a voz en grito.

—¡Caronte! ¡Caronte! ¡Caronte!

Pero Baco estaba un poco ronco y sus palabras apenas llegaban más allá de la orilla de la laguna.

—Llámale tú—dijo a Jantias.

—¿Yo?—exclamó el criado, al cual el miedo le ponía una venda en los ojos.

—¡Claro que tú, lagartija! ¿Acaso hay aquí algún otro hombre al que yo pueda dirigirme? ¡Vamos, pronto! ¡Da una voz!

—¡Caron!...

Pero se detuvo, mirando fijamente hacia una colina de rocas que se distinguía a lo lejos.

—¿Por qué enmudeces miserable?—inquirió Baco con voz atronadora.

—Es que... es que... he visto un monstruo.

Baco perdió como por encanto toda la intrepidez.

—¿Eh? ¿Un monstruo dices? ¿No será una falsa visión de tus ojos?

—Te aseguro, amo mío, que le he visto las garras y los dientes.

—¿Ehhh?

Y el esforzado Baco se plantó de un salto al lado del borrico y, atrincherándose en él, dijo a su esclavo:

—Mira bien, mira bien Jantias y dime si viene.

—¡Ahora, ahora!—exclamó Jantias.

Y Baco comenzó a dar gritos.

—¡Caronte! ¡Caronte! ¡Favor! Socorro!

—Ahora, ahora—concluyó Jantias—, ahora no se ve.

Entonces Baco se creció.

—¡Ah, miserable! Me figuré que querías decir «ahora viene». Ya sabía yo que veías visiones.

Pero Jantias continuaba mirando obstinadamente hacia la colina roqueña.

—¡ Míralo, míralo !

Otra vez Baco se abrazó a la panza del borrico al mismo tiempo que exclamaba con voz trémula :

—¡ No temas, no temas, cobardón ! Deja que se acerque y verás qué mazazo descargo sobre su cabeza.

Pero su cuerpo tembloroso, al rozar con el del borrico, hacía cosquillas al animal. Y el asno comenzó a inquietarse, cuando, de súbito, un vozarrón surgido de una garganta misteriosa y terrible, bramó :

—¡ ¡ ¡ Quién va !!!

Baco, Jantias y el borrico avanzaron más de dos metros de un solo salto.

—¿ Sois vosotros los que llamabais ?

Se volvieron. ¡ Era el barquero Caronte !

—¡ Buen susto nos has dado !—dijo Baco—.

Creíamos que eras el monstruo.

—¡ Vamos ! ¡ pronto ! ¿ Qué queréis de mí ?

—Que nos llesves al otro lado de la laguna.

—Al otro lado está el infierno—les previno Caronte.

—Allí es precisamente donde deseamos ir.

—Entonces entra en la barca.

—¿Podrás llevar también al borrico?

—Ni al borrico ni al esclavo. Sólo los esclavos que han combatido en alguna batalla naval pueden cruzar la laguna Estigia.

—Yo—explicó Jantias—estuve a punto de combatir en una, pero pesqué una enfermedad a los ojos y hube de quedarme en casa, sacrificando mi heroísmo.

—Entonces no puedes entrar. Tú, Hércules, pasa.

Baco, muy satisfecho del buen resultado que comenzaba a dar la piel del león y la maza, dijo a Jantias :

—Tú ve por la orilla de la laguna. Llegaremos al mismo tiempo.

—¿Yo solo?—exclamó Jantias pálido de terror.

—El borrico te acompañará.

Y saltando a la barca, cogió los remos y comenzó a bogar.

Jantias se quedó sólo a lomos de su borrico. Anochecía. Aquel misterioso mundo comenzaba a llenarse de sombras. Muerto de miedo, el

esclavo azuzó al borrico y comenzó a avanzar a través de la penumbra.

De súbito, se abrazó al cuello del asno, mientras sus rodillas golpeaban en su temblor el vientre del animal. Había oído algo extraño. De la negrura del agua provenía algo que no era voz humana ni graznido de ave. Algo que se asemejaba al ronquido del cerdo, pero que no lo era. ¿Qué monstruoso animal iba a surgir de la negrura del lago?

—¡Croac, croac, croac!

Este era el misterioso sonido.

—¡Croac, croac, croac!—se oía constantemente.

Y el ronquido fué aumentando en número y en volumen. Ahora eran cien monstruos los que a la vez roncaban. En seguida, fueron mil. Y Jantias, cada vez más aterrado, se apretaba al cuello del borrico. Tanto y tanto apretó al fin, que el asno se espantó y emprendió una loca carrera a lo largo de la orilla del lago.

Cuando Jantias logró detenerle vió que había llegado al extremo opuesto de la laguna, que era donde Baco habría forzosamente de reunirse con él.

En efecto, pronto apareció su amo.

—¿Qué es eso Jantias? ¿Por qué tiembles?

—Es que... hay monstruos en el lago. ¿No oyes?

—¡Croac, croac, croac!—oyóse en la profundidad de las negras aguas.

Baco prorrumpió en estruendosas carcajadas.

—¿De que te ríes, amo mío?—preguntó Jantias extrañado.

—Me río porque, lo que tú tomas por grito de monstruo, no es más que el tantas veces oído croac de las ranas.

—¿Ranas en la laguna Estigia?

—Está llena.

—¡Por Júpiter! ¡Buen susto me he llevado!

Y, ya completamente tranquilo, preguntó:

—Ahora ¿Adónde vamos?

—En busca de Plutón, rey de los infiernos.

—¿Y hacia donde podemos dirigirnos para preguntar por él?

—Vayamos hacia allí.

—Hacia allí no. Recuerda que Hércules nos

ha hablado de ciertas serpientes y ciertos monstruos.

—Entonces, sigamos esta otra dirección.

Y este último camino fué el que tomaron.

Halláronse de súbito frente a un palacio tan colosal, que Baco se dijo que no podía ser otro que el de Plutón.

—He aquí la morada del rey de los infiernos, Jantias.

—¿Estás seguro?

—Tengo la evidencia, aunque esta evidencia la he obtenido por deducción. ¿Quién puede vivir en mansión tan colosal sino Plutón y Proserpina?

—Llamemos, pues.

—¿Cómo te parece que debo llamar?

—Descarga sobre la puerta dos fuertes golpes con la clava. No de otro modo debe llamar Hércules.

Baco, convencido por las palabras de Jantias, levantó la clava y la descargó por dos veces sobre la gran puerta del palacio.

—¿Quién va? — preguntó una voz desde dentro.

—Hércules valeroso—repuso Baco.

Entonces la puerta se abrió de golpe y apareció Eaco, juez del infierno en el que Plutón tenía depositada toda su confianza. Su rostro estaba transfigurado por la cólera.

—¡ Ah, infame !—exclamó—. Tú fuiste el que degollaste a nuestro perro Cerbero y nos lo arrebataste estando yo encargado de su custodia. Pero ya has caído en mi poder. Los perros vagabundos de Cocito y la Hidra de cien cabezas te desgarrarán las carnes... ¡ Corro en busca de los monstruos !

Y se fué dejando a Baco temblando de pies a cabeza y a Jantias riéndose del pánico de su amo.

—¿ De qué te ríes, imbécil ?

—De tus temblores.

—¿ Acaso a ti no te aterran las amenazas de Eaco ?

Y entonces aconteció algo maravilloso, inusitado. Jantias, el cobarde, se irguió, combó el tórax y repuso :

—¡ No !

—Entonces, esclavo mío, vamos a cambiar nuestras personalidades. Toma tú la clava y la

piel del león y dame a mí el equipaje. Tú serás Hércules y yo seré tu criado.

—Conforme. Dame la piel y la clava.

Cuando hubieron hecho el cambio, salió del palacio una criada que, dirigiéndose a Jantias, dijo :

—¡ Oh, Hércules poderoso ! Mi dueña, al enterarse de que estás aquí, ha organizado una gran fiesta en honor tuyo, y te invita a cenar. Los mejores vinos, los más exquisitos manjares, las más bellas bailarinas recrearán tu paladar y tus ojos.

Jantias se mostró entusiasmado.

—¡ Oh, gracias ! Tu dueña es admirable. Ve y dile que en seguida entro a saludarla y a expresarle mi gratitud.

Y cuando la doncella se fué, Jantias se volvió hacia Baco.

—¿ Qué te parece, esclavo mío ? Los dioses nos protegen. Vamos a cenar.

Pero Baco le detuvo cogiéndole por un brazo.

—¿ Crees que voy a aceptar seguir desempeñando el papel de esclavo mientras tú gozas de los honores de un dios ? Devuélveme la piel

del león y la clava y volveremos a ser, yo Hércules y tú mi criado.

—Abusas de la autoridad que tienes sobre mí. Ya que fuí yo el que me expuse a ser despedazado por la Hidra de cien cabezas, también debía ser el que tuviera las ventajas del vino, los manjares y las bellas bailarinas.

—Un esclavo debe ser siempre un esclavo. ¡Vamos! Dame la piel del león y la clava y toma tu equipaje... Eso es. Ya vuelvo a ser Hércules.

Ya se disponía a cruzar el suntuoso umbral del palacio, cuando un ensordecedor griterío le detuvo y cien irritadas mujeres le rodearon.

—¡Miradle, miradle!—gritaba una voz—. Es Hércules, el que frecuentaba nuestras tabernas y no nos pagaba. Hércules, *el glotón*.

—Sí—dijo otra—. Este es el que se me comió diez y seis panes.

—Y a mí cuarenta tajadas de carne cocida.

—Y a mí seis cestos de pescado.

—Y, después, cuando le hablamos de pagar, nos golpeó en vez de llevarse la mano a la bolsa.

—¡Infame!

—¡ Canalla !

—¡ Ladrón !

—¡ Criminal !

—Vamos en busca de los jueces para que le castiguen por sus bárbaros delitos.

—¡ Vamos !

—¡ Vamos !

Y todas se fueron.

Baco volvió a echarse a temblar.

Y Jantias reía de nuevo.

Pero, esta vez, Baco no se enfadó sino que dijo a su esclavo :

—Jantias mío, ya sabes cuánto te quiero.

—Si pretendes—repuso Jantias—halagarme para que me vuelva a vestir de Hércules y afrontar las iras de las taberneras, te anticipo que no lo conseguirás.

—¿Por qué, criado de mi alma? Anda, vuelve a ponerte la piel de león y a coger la clava, que yo te juro no volver a pedirte el disfraz.

—¿Me prometes que seré Hércules mientras permanezcamos en el infierno?

—Te lo juro por toda mi familia.

—Acepto con esa condición.

Y volvieron a hacer el cambio.

Y entonces fué cuando reapareció Eaco, acompañado ya por la Hidra de las cien cabezas y una legión de esclavos.

—¡ Ahí tenéis a Hércules !—exclamó señalando a Jantias—. Prendedle y conducidle al cuarto de los suplicios.

Baco se frotó las manos complacido y rió entre dientes. «De buena me he librado», pensó. Pero todo su regocijo se desvaneció al oír que su criado decía :

—Eaco : escúchame y créeme. Yo, Hércules, no degollé al perro que custodiabas ni te hice mal ninguno. Si quieres convencerte, ahí tienes a mi criado. Cógelo y hazle hablar aplicándole los más terribles tormentos. Verás cómo no pronuncia una sola palabra de acusación contra mí.

Eaco aceptó, pero Baco, viendo que le iban a atormentar, comenzó a dar gritos, confesando la verdad de todo lo que había ocurrido entre él y Jantias.

—¡ Ni él ni yo somos Hércules ! ¡ Yo soy el dios Baco y él mi criado !

—¿ Oyes ?—preguntó Eaco dirigiéndose a Jantias—. ¿ Qué dices a eso ?

—Que no es verdad. El dios soy yo y él es el esclavo. Y, si no, prueba a azotarle. Verás cómo se queja.

—¿Y qué adelantaremos con eso?

—Averiguar si verdaderamente es un dios o no lo es. Los dioses no se lamentan porque no sienten el dolor de las torturas.

—¡A fe que el procedimiento es ingenioso!
—exclamó Eaco—. Os azotaré a los dos y el que diga «¡ay!» será reconocido como esclavo, y, por lo tanto, sometido a tortura y declaración.

Baco, que, como dios de baja estofa, sentía los azotes cual el más mísero mortal, invocó a Júpiter, pidiéndole fuerzas para soportar los latigazos sin quejarse. Y Jantias, que estaba acostumbrado al vapuleo, debido a su condición de esclavo, se dispuso a recibir una nueva paliza.

Ya estaba todo dispuesto. Baco y Jantias presentaban sus espaldas desnudas al esclavo que empuñaba el azote.

Eaco, dirigiéndose al verdugo y señalando a Baco, ordenó:

—Azota a este primero.

El verdugo descargó el primer golpe.

—¡ Ay !—gritó Baco.

—¿ Eh ? — inquirió Eaco—. Parece que te quejas.

—No hice tal.

—¿ Por qué has dicho ¡ ay !, pues ?

—Quise decir que *hay* más de mil estrellas en el cielo.

—¡ Ah ! Entonces, verdugo, pasa a azotar a éste.

Y el verdugo descargó un nuevo latigazo sobre las espaldas de Jantias.

El criado produjo con la garganta un extraño sonido.

—¡ Hip !

Y Eaco le preguntó :

—¿ Qué es eso ? Parece que duele.

Pero Jantias repuso :

—No. Es que tengo hipo.

Y continuaron los latigazos y siguieron las excusas y disimulos de Baco y de Jantias.

Eaco, al fin, exclamó :

—Me doy por vencido. No logro averiguar quién es el dios y quién el criado. Entrad,

pues, en el palacio, y mi dueño, Plutón, lo averiguará.

Pero entonces, Jantias, que tenía muchos defectos, pero no el de la maldad, se quitó la piel del león y arrojó la clava, confesando que no era un dios sino un simple esclavo.

Eaco, conmovido por tan generoso gesto, los perdonó a los dos y los presentó al rey de los infiernos, a quien Baco expuso sus pretensiones de llevarse con él a Eurípides a Atenas, con objeto de que la metrópoli no siguiera careciendo de los sublimes placeres de la poesía.

Accedió Plutón. Consultaron a Eurípides, y, obtenido su consentimiento, pues el poeta prefería cien veces vivir en la deliciosa Atenas que en las regiones infernales, éste, Jantias y Baco volvieron a cruzar la laguna Estigia camino de la Tierra.

¿Llegaron al mundo de los vivos? Nada de esto dice la historia ni la tradición.

Lo único que sabemos es que, mientras cruzaban la laguna Estigia, las ranas croaron brillantemente. Fué como una despedida triunfal.



